



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

Trabajo de Fin de Grado

**Arqueología de la Infancia a través del
registro funerario vacceo de *Pintia***

Childhood Archaeology through the vaccean burial record of *Pintia*

Laura Rodríguez Martín

Tutor: Carlos Sanz Mínguez

Curso: 2013-2014

Resumen:

La Arqueología de la Infancia es un campo de investigación reciente que busca detectar la presencia y actividad infantil en un yacimiento a través del estudio del registro arqueológico para averiguar cómo era el trato que las sociedades del pasado daban a sus niños. En este trabajo se analizan varios enterramientos infantiles hallados en el *oppidum* vacceo de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid) desde los años 80 del siglo pasado para averiguar el tratamiento funerario y el tipo de ajuares y ofrendas que recibieron los niños dependiendo de su sexo, edad, estatus social, etc.

Palabras clave: II Edad del Hierro. Vacceos. Arqueología de la Infancia. Ritos funerarios. Enterramientos infantiles. Ajuares.

Summary:

Childhood Archaeology is a recent field of research whose aim is the identification of children's presence and activity in an archaeological context through the study of archaeological record so as to know the way that children were treated in the past. This paper analyses several children's burials that have been discovered in the vaccean *oppidum* of *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid) since 1980s in order to look at the funerary practices and grave goods that children received according to their gender, age, social status...

Key words: 2nd Iron Age. Vaccaeii. Childhood Archaeology. Funerary rituals. Children's burials. Grave goods.

ÍNDICE:

Introducción.	7
1. La Arqueología de la Infancia.	7
2. El concepto de infancia.	10
3. Detectar a los niños a partir del registro arqueológico.	11
4. La presencia infantil en el yacimiento vacceo de <i>Pintia</i> a través del registro funerario.	13
4.1. Los vacceos.	13
4.2. La Zona Arqueológica <i>Pintia</i> .	13
4.3. Los primeros conjuntos: Campañas 1985-1987.	14
4.4. Los conjuntos nuevos: Campañas 2000-2011.	16
4.5. Rito funerario y ajuares. Los niños de Las Ruedas.	21
a) El rito funerario.	22
b) La edad y el género de los difuntos.	24
c) Cerámicas: Banquete y vino.	26
d) Joyas metálicas y cerámicas.	28
e) Objetos simbólico-protectores.	30
4.6. Las inhumaciones de Las Quintanas.	32
Conclusiones.	35
Bibliografía.	38
Anexo.	43
Dossier fotográfico.	50

INTRODUCCIÓN:

En primer lugar, este trabajo busca analizar el tema de la Arqueología de la Infancia. Con la ayuda de artículos de autores como Chapa, Lillehammer, Politis...¹ explicaremos la finalidad de esta disciplina, el origen del interés por el estudio de la infancia en el pasado, qué autores han trabajado en este ámbito y cuál es la terminología y metodología de trabajo para descubrir e interpretar la presencia infantil en un yacimiento.

En segundo lugar estudiaremos la presencia infantil en el yacimiento vacceo-romano de *Pintia* (Padilla de Duero/ Peñafiel, Valladolid). A través de 15 tumbas infantiles de cremación y 7 inhumaciones de neonatos hallados en la necrópolis de Las Ruedas y en el poblado de Las Quintanas, respectivamente, entre 1985-2011 analizaremos el tratamiento funerario y composición de los ajuares de los más pequeños según su sexo, edad, vínculos afectivos entre el difunto y sus familiares, estatus social... puesto que, tal y como señala la disciplina de la Arqueología de la Muerte, las exequias fúnebres pueden reflejar, en cierto modo (puesto que están imbuidas de una gran simbología), la organización social de la sociedad que las lleva a cabo (Izquierdo, 1998-99: 131-132).

Así, en este apartado recurriremos a monografías y artículos de autores como Sanz Mínguez y Romero Carnicero, entre otros, dedicados al mundo vacceo y al yacimiento de *Pintia*, así como a los informes de las campañas de excavación desarrolladas en la necrópolis y el poblado y los análisis antropológicos de los restos óseos humanos y animales hallados en los enterramientos seleccionados para ubicar las sepulturas infantiles de cremación e inhumación y describir su contenido para, acto seguido, explicar los motivos por los que los pequeños recibieron uno u otro tratamiento funerario y cuál era la función y significado de los objetos que los acompañaban.

1. La Arqueología de la Infancia

Hasta hace apenas 30 años los niños eran “olvidados” a la hora de reconstruir las sociedades del pasado a través de la Arqueología. Ello se debe a que durante mucho tiempo los investigadores se han centrado en el estudio de los restos materiales (Chapa, 2003: 117) sin ahondar en su significado y en los varones adultos debido a la idea de que las sociedades del pasado estaban protagonizadas por los hombres (Crawford y Lewis, 2008: 10). Además, el hecho de que las fuentes escritas apenas mencionasen a los niños (Sánchez, 2010: 9) unido a la dificultad que entraña la identificación y estudio de los restos infantiles debido a su fragilidad, mala conservación, escasa representación en

¹ El sistema de citas de este trabajo es el mismo que el empleado por la revista de Prehistoria y Arqueología publicada por la Universidad de Salamanca *Zephyrus*.

los espacios cementeriales... hizo que los arqueólogos apenas se interesaran por los niños y los consideraran meros agentes pasivos de las sociedades en que vivían (Sánchez, 2010: 9), individuos dependientes de sus progenitores y sin representatividad social más allá de la que paulatinamente les otorgaban los adultos (Chapa, 2003: 115) y que no aportaban nada a las sociedades en las que vivían siendo “percibidos en relación a los adultos y las actividades de éstos” (Sánchez, 2010: 9).

Desde los años 80, gracias al desarrollo de la corriente historiográfica posprocesualista, que reivindicaba la importancia de todo individuo (hombre, mujer y niño) “como actor dinámico del lenguaje cultural” (Chapa, 2003: 117), y, sobre todo, de los estudios de género, los arqueólogos comenzaron a tomar conciencia de la marginalización que sufrían los niños y de la importancia de la infancia para toda sociedad ya que, en realidad, son miembros activos de las comunidades en que viven porque, además de realizar y contar con una cultura material propia, de su cuidado y educación depende la reproducción física e ideológica de un grupo humano (*ibidem*: 117).

Con todo, la Arqueología no es la única disciplina que ha empezado a interesarse por el estudio de la infancia en el pasado. Desde principios del siglo XX, ha habido aproximaciones provenientes del ámbito de la Psicología como las de S. Freud, quien destacó la importancia de la experiencia de la infancia para la construcción de la identidad de un individuo (Grací y Parra, 2012: 387), de la Antropología, con los estudios realizados por M. Mead desde los años 30 sobre la educación y los cuidados que los llamados “pueblos primitivos actuales” daban a sus niños o incluso de la Sociología con obras como *El niño y la vida familiar bajo el Antiguo Régimen* (1961) de Ariès o *La historia de la infancia* (1982) de DeMause, las cuales señalaban que en el pasado los niños se integraban al mundo del trabajo a edades más tempranas que la actualidad y que sus condiciones de vida eran peores (Chapa, 2008: 620).

La Arqueología de la Infancia se basa en los niños como sujetos de estudio en sí mismos (Sánchez, 2010: 9), así como en la cultura material asociada a ellos, los espacios en los que aparecen los restos y la cultura en la que se criaron para averiguar cuál era el tratamiento que los adultos daban a los niños en la vida y en la muerte, los cuidados que recibían (alimentación e higiene), las fases de desarrollo biológico y social, los mecanismos de socialización (juego-aprendizaje) entre niños-adultos, sus actividades... En definitiva, tal y como señala Lillehammer, el trabajo de la Arqueología de la Infancia se centra en tres campos: de qué manera los niños experimentan el mundo que los rodea, cómo se relacionan el mundo de los niños y el de los adultos y cómo los adultos interpretan el mundo infantil (Lillehammer, 2010: 30-33).

Los primeros estudios sobre Arqueología de la Infancia los realizaron autores nórdicos como Lillehammer entre otros a finales de los 70 debido a su interés por los incipientes estudios de género (*ibidem*: 20), el continuo “olvido” de los niños en los estudios arqueológicos y por encontrar algún método que permitiera identificar su presencia en el registro arqueológico (Crawford y Lewis, 2008: 9). Estos autores comenzaron a introducir la terminología (infancia-niño) y metodología (estudio de la cultura material, espacios de habitación y funerarios...) de la disciplina. Sus trabajos constituyeron el punto de partida para que, desde los 80 otros autores como Kamp, Sofaer, Baxter, Crawford, Lewis... profundizaran en distintos aspectos del tema: género, edad, identidad, ritual funerario... (Lillehammer, 2010: 20-21).

En España, la Arqueología de la Infancia es una disciplina aún novedosa desarrollada fundamentalmente por investigadores del área de Pre y Protohistoria (Grací y Parra, 2012: 388-389). Los trabajos se centran sobre todo en el estudio de los enterramientos infantiles, si bien hasta hace poco el tema de la muerte infantil a lo largo de la Historia estaba poco valorado al considerar que apenas aportaba información de utilidad para la reconstrucción de las sociedades del pasado (Gusi y Muriel, 2008: 259). Todo ello para averiguar el tratamiento social que los niños recibieron en vida, cómo éste fue plasmado en las exequias y detectar evidencias que determinen el rango social, sexo, edad... de los difuntos y, así, como ya hemos apuntado, reconstruir la organización social e ideológica de una sociedad.

En este punto, cabe destacar a autores como Sánchez Romero, Chapa, Gusi..., quienes han analizado la presencia infantil en contextos domésticos y sobre todo funerarios de yacimientos peninsulares de la Edad del Bronce, ibéricos..., y obras como el volumen 14 de *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* “Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.C. al II d.C.)” publicado en 1989, que fue pionero en el estudio de los enterramientos infantiles, el número especial que en 2010 la revista *Complutum* dedicó al análisis de la infancia en el pasado o la obra coordinada por Gusi, Muriel y Olària *Nasciturus, infans, puerulus vobis mater terra* (2008) en la que autores españoles y extranjeros hablaron sobre la muerte infantil en el pasado.

Por último, hay que poner en relieve a entidades internacionales como la Society for the Study of Childhood in the Past (SSCIP). Fundada en 2007 (Crawford y Lewis, 2008:13-14) actúa como foro de debate y divulgación de nuevas ideas en el que puede participar toda disciplina que contribuya a aumentar los conocimientos sobre los niños de cualquier cultura, lugar y época

(Sánchez, 2010:10). Además de contar con la revista anual *Childhood in the Past*, el SSCIP organiza conferencias y congresos internacionales como el congreso inaugural de la sociedad que tuvo lugar en la Universidad de Oxford (2007), los celebrados en el Museo de Arqueología de Stavanger (2008), en la Universidad de Miami (2009)...

2. El concepto de infancia

El término ‘infancia’ alude a la fase de desarrollo físico que experimenta una persona hasta la adultez y, por tanto, al período de tiempo en que se es ‘niño’, un individuo que se diferencia de los adultos por su juventud, inmadurez física e inexperiencia que se encuentra subordinado a sus progenitores (Lillehammer, 2010: 23-24).

Ante todo, la infancia no sólo es un “proceso biológico”, sino también una “construcción social y cultural” (Buchet y Séguy, 2008: 36) puesto que, desde que nace, todo lo que acontece en la vida de un individuo está marcado por las pautas de comportamiento y los principios en los que se basa la sociedad en la que crece (Chapa, 2003: 118). Ello nos indica, por tanto, que la infancia no es una manifestación con características únicas y concretas, sino que serán diferentes en cada sociedad, espacio o momento histórico (Lillehammer, 2010: 27). Durante la infancia los niños “adquieren habilidades y conocimientos y se aprende el uso de la tecnología, se asumen sistemas de creencias, se forma la personalidad y se inculcan valores y actitudes hacia el mundo que los rodea” (Sánchez, 2010: 9). A través de las actividades cotidianas los adultos enseñan a los pequeños los fundamentos de la sociedad y la cultura en la que crecen con el objetivo de despertar en ellos un sentimiento de pertenencia al grupo para que al llegar a la adultez reproduzcan el sistema social y cultural que les aporta su identidad. De ahí que, como señala Chapa, la infancia sea “un sector de importancia vital para cualquier grupo humano, puesto que de su existencia y formación depende la reproducción física e ideológica de la población como unidad diferenciada” (Chapa, 2003: 117).

Los investigadores han tratado de estructurar la etapa de la infancia de acuerdo a diversos rangos de edad para comprender cómo los pequeños se integraban paulatinamente en el mundo de los adultos, qué edades eran más críticas para la supervivencia de los niños y por qué causas... para, así, reconstruir la estructura demográfica y social de un grupo.

La edad se puede definir según criterios biológicos apoyados en factores como el tipo de alimentación e higiene y los cambios físicos que los niños experimentan hasta la adultez (Chapa, 2008: 619). Esto proporciona una “edad biológica” (Buchet y Séguy, 2008: 25), que no da la edad precisa del individuo (expresada en años), sino una estimación de su grado de desarrollo. Los

investigadores que sólo se basan en criterios biológicos para estimar la edad de un individuo o grupo tienden a considerar que el desarrollo físico es regular en todas las sociedades sin importar el lugar y tiempo en que éstas se contextualizan (*ibidem*: 27). Ello es un error pues las condiciones alimentarias y sanitarias en que vive una comunidad afectan al crecimiento de sus miembros.

Además, hay que tener en cuenta que en las sociedades del pasado, el paso entre la infancia y la adultez no depende únicamente del desarrollo físico, sino sobre todo de aspectos culturales y socioeconómicos que pueden ser diferentes para cada cultura y que no tienen por qué coincidir con los momentos en que se producen cambios biológicos (Chapa, 2003: 116). De ahí, que los investigadores hablen de una “edad cultural o social” (Buchet y Séguy, 2008). Si como señalan Buchet y Séguy (*ibidem*: 31), “la edad no sólo es la medida de un número de años vividos, sino también un estado” (físico-social), para tener una imagen lo más aproximada posible a la realidad demográfica de un grupo humano debemos atender no sólo a criterios biológicos, sino también a sus pautas de comportamiento, creencias...

En un intento de compartimentar la infancia en diversos umbrales de edad podemos hablar de perinatal (fetos a término y neonato), lactante (0-1 años), infante I (1-4 años o hasta los 7 años), infante II (5 ó 7-12 ó 14 años), adolescente o joven (12 ó 15-21 años) (*ibidem*: 25, nota 1; Chapa, 2003: 116). Tales compartimentaciones se apoyan en aspectos biológicos y sociales. Por ejemplo, en culturas como la romana los 2-3 años tenían gran importancia por ser el momento en que se daba el destete, con los consiguientes riesgos que el cambio de alimentación acarrea al pequeño (*ibidem*: 123). Desde los 3-5 ó 7 años los niños comenzaban a integrarse en el mundo de los adultos. Los 7 años marcaban el momento en que el niño adquiría “uso de razón” y podía responsabilizarse de sus actos (Chapa, 2008: 619). Los 14-15 años señalaban el inicio de la pubertad (en el caso de las niñas se adelantaba a los 12 años) y, por tanto, la última fase de desarrollo hasta transformarse en adulto².

3. Detectar a los niños a partir del registro arqueológico

El estudio de la infancia en el pasado es una tarea compleja debido a los problemas de conservación de los restos óseos infantiles difíciles de detectar y extraer por su pequeño tamaño y fragilidad pues son más quebradizos que los huesos de los adultos (Gusi y Muriel, 2008: 289). Además, la presión de los sedimentos que cubren los enterramientos, la acidez del suelo, los movimientos de tierra, la acción de los animales o del hombre y la aplicación de técnicas de excavación poco cuidadosas puede destruir los restos o hacer que pasen desapercibidos.

² En el caso femenino ratificado por su matrimonio y en el masculino por un rito de paso, obtención de las armas...

En el caso de contar con restos óseos, debemos estudiar el estado de osificación, el grado de soldadura de las hemimandíbulas y de erupción dental junto con la longitud de los huesos largos para averiguar el grado de desarrollo o edad de los neonatos o infantes (Campillo y Subirà, 2004: 151-158). Por otra parte, aunque la definición del sexo entre los niños es muy difícil puesto que hasta la pubertad sus cuerpos no están completamente desarrollados y no presentan claros signos de dimorfismo sexual³, podemos fijarnos en morfología del cráneo, la mandíbula y la pelvis y la longitud y robustez de los huesos largos para determinarlo. Si, por ejemplo, los rasgos del cráneo son poco acusados, la pelvis es ancha y baja, los huesos largos pequeños y gráciles... posiblemente nos encontremos ante una mujer y si son grandes y robustos, ante un hombre (*ibidem*: 181-189).

En cuanto al estudio de la cultura material infantil, es necesario considerar a los niños no sólo como consumidores, sino también como productores de objetos (Sacchi, 2010: 282) ya que pueden crear sus propios artefactos y utilizar los realizados o desechados por los adultos. Es decir, no hay que relacionar el registro arqueológico sólo con la actividad de los adultos porque toda sociedad está formada tanto por adultos como por niños, que aunque dependientes de sus padres, pueden participar en la vida económica y social de su comunidad (*ibidem*: 282-283). En este ámbito las dificultades del análisis residen en la detección de objetos relacionados con los niños en contextos domésticos, funerarios... ya que muchas veces los objetos ‘de’ o ‘para’ niños pueden ser elementos orgánicos del entorno que, además de dejar pocas evidencias arqueológicas, pueden pasar desapercibidos durante la excavación (Chapa, 2003: 116). En otras ocasiones puede tratarse de objetos similares a los de los adultos, por lo que resulta difícil saber si fueron hechos por niños o por los adultos para los pequeños.

Entre los elementos que conforman la cultura material infantil se encuentran los objetos relacionados con el cuidado y alimentación de los niños⁴, piezas relacionadas con el vestido y el adorno (fibulas, anillos, pulseras...) y, sobre todo, juguetes, que no sólo sirven para entretener, sino también para imitar y aprender los valores y actividades que se deberán reproducir en la adultez (Sánchez, 2010: 11). Los juguetes pueden ser elementos obtenidos de la naturaleza apenas trabajados por los niños, objetos hechos por y para adultos que, tras su desgaste o rotura, son aprovechados por los niños o piezas realizadas por los padres o los niños imitando la forma de las de los adultos pero a menor escala para jugar, imitar las actividades que con ellos realizan los adultos o aprender a elaborar dichos objetos (Politis, 1998: 10).

³ De ahí que, cuando un individuo muestra tanto rasgos masculinos como femeninos que impiden determinar claramente el sexo se hable de ‘alofisos’.

⁴ Necrópolis ibéricas como la de Puig des Molins (Ibiza), por ejemplo, han proporcionado recipientes cerámicos que pudieron servir como biberones (Chapa, 2003: 122-123).

4. La presencia infantil en el yacimiento vacceo de *Pintia* a través del registro funerario

4.1. Los vacceos

Los vacceos fueron un pueblo prerromano de la segunda Edad del Hierro que habitó un territorio de entorno a 50.000 Km² que abarcaba la actual provincia de Valladolid y parte de las de Palencia, Burgos, Segovia, Ávila, Salamanca y Zamora (Fig. 1) (Sanz y Romero, 2005: 6) y cuyo origen se encuentra en los cambios sociales, económicos, de ocupación del territorio... operadas en las gentes de la Cultura del Soto (primera Edad del Hierro) (Sanz y Martín, 2001: 315-316). Estas gentes vivían en grandes *oppida* o ciudades amuralladas independientes política y económicamente ubicadas en terrazas junto al curso de los ríos, en bordes de los páramos o en la cima de cerros-testigo (Romero *et al.*, 2008: 685). Estas ciudades de entre 5-20 ha. de extensión, varios miles de habitantes y casas de planta rectangular, distaban entre sí varios kilómetros y entre ellas se extendían amplias zonas de explotación y captación de recursos.

Se trataba de una sociedad compleja y jerarquizada, en la que una amplia base social campesina era dominada por una pequeña aristocracia guerrera que concentraba en sus manos los medios de producción y los excedentes derivados de una economía basada en el cultivo intensivo del cereal y la cría de ganado, así como en la caza y la recolección de frutos silvestres (Sanz y Martín, 2001: 317-319). Además mantenían intensas relaciones comerciales con otros pueblos peninsulares, del Mediterráneo y Centroeuropa de los que obtenían productos exóticos y recursos escasos (metales) en la *región vaccea*.

Al igual que otros pueblos prerromanos, los vacceos contaban con un rito funerario normativo, aplicado a todos los miembros de la comunidad, consistente en la cremación de los cuerpos en espacios reservados a tal efecto cercanos a las necrópolis (*ustrina*) y el posterior depósito de los restos y un pequeño ajuar dentro de un hoyo sellado con tierra y a veces señalizado por una estela de piedra (*ibidem*: 323). Por otra parte, los neonatos eran inhumados bajo el suelo de las viviendas, mientras que los guerreros muertos con el máximo honor, caer en combate, eran expuestos a los buitres, un animal sagrado que, al devorar al difunto sería capaz de llevar su espíritu a los cielos (*ibidem*: 323).

4.2. La Zona Arqueológica *Pintia*

Hasta finales del siglo XX, los conocimientos sobre el mundo vacceo desde el punto de vista arqueológico eran escasos debido al reducido número de necrópolis en las que se había intervenido arqueológicamente y a los pocos datos, tardíos, dispersos, alterados e inéditos que proporcionaron

(Sanz, 2010: 198-200). Ello contribuyó a que esta etnia no contara con un lugar propio en la historiografía y que sus características fueran asimiladas a las del mundo celtíbero al hablarse de un fenómeno de *celtberización* que supuestamente uniformizó los rasgos culturales de algunos pueblos de la Meseta Norte durante la segunda Edad del Hierro (*ibidem*: 193-196). Únicamente el descubrimiento de la necrópolis de Las Ruedas del *oppidum* vacceo-romano de Pintia (Padilla de Duero, Peñafiel, Valladolid) en los años 70 (*ibidem*: 201) y las continuas intervenciones que se han llevado a cabo en ella desde los años 80 han proporcionado más de 260 tumbas de los siglos IV a.C.-II d.C. que han permitido profundizar en el conocimiento de la etnia vaccea y demostrar que poseía una identidad propia.

La Zona Arqueológica de Pintia (Fig. 2), declarada Bien de Interés Cultural en 1993, cuenta con un núcleo urbano de 25 ha situado en el pago de Las Quintanas, en la orilla derecha del Duero, que fue ocupado entre los siglos IV a.C. y VII d.C. (Sanz y Romero, 2005: 8) y que contó una muralla de más de 1 Km de longitud construida con piedra caliza, bloques de adobe y madera (*ibidem*: 9). Las fotografías aéreas e intervenciones arqueológicas indican que la trama urbana era regular, con manzanas de casas de planta rectangular con varias estancias construidas con adobe, madera y paja. En el margen derecho del río se encuentra el barrio artesanal de Carralaceña, que estuvo dedicado fundamentalmente a la producción cerámica tal y como demuestra el hallazgo de tres hornos de doble cámara para la cocción de las piezas y basureros donde se desechaban las piezas fallidas (*ibidem*: 21).

A apenas 300 m al sur de la ciudad (*ibidem*: 16) se encuentra la ya citada necrópolis de incineración de Las Ruedas, la cual cuenta con una extensión de más de 6 ha y está delimitada al este por el cauce del arroyo de La Vega y al oeste por una zanja de 280 m de longitud (Sanz, 2010: 208). Fue utilizada entre los siglos IV a.C. y I d.C. (Sanz y Romero, 2005: 16) encontrándose las tumbas más antiguas en la parte más meridional del cementerio, junto al pinar de Las Pozas revelando que el proceso de ocupación del espacio fue radial en dirección a Las Quintanas. Esta necrópolis contó con tres *ustrina* (Sanz, 2010: 207) entre los que destaca el situado en el pago de Los Cenizales, al oeste de Las Ruedas.

4.3. Los primeros conjuntos: Campañas 1985-1987

Las excavaciones realizadas entre el 85-87 se acometieron en una trinchera (zanja II) con orientación norte-sur de 115,5x3 m situada al oeste del arroyo de La Vega (*ibidem*: 201) que fue dividida en sectores de 3x2 m (Sanz, 1997: 48) identificados con las letras del abecedario. Los

trabajos proporcionaron en 392 m² (Sanz, 2010: 204) 66 tumbas entre los siglos IV a.C.-II d.C., de las cuales 8 pertenecían a infantes (Sanz, 1997: 534).

Tumba 5 (Sanz, 1997: 55-56): Fue hallada en el sector C de la zanja II en 1986. Se trataba de una sepultura del siglo IV a.C. muy alterada. Los 22 g de restos óseos cremados, que tras los análisis antropológicos realizados por el Dr. Reverte Coma⁵ (*ibidem*: 532) fueron relacionados con un niño de entre 6 y 9 años, estaban dispuestos directamente en el fondo de la tumba. El conjunto (Fig. 5) contaba con un ajuar de vasitos troncocónicos y un trípode hechos a mano, una cuenta de collar de pasta vítrea azul y otra de bronce.

Tumba 8 (*ibidem*: 57): En 1986 se encontró otra sepultura también del IV a.C. y parcialmente alterada ya que muchas piezas del ajuar estaban muy fragmentadas y dispersas en el sector G de la zanja II. El análisis de los 95 g de restos óseos hallados dentro de la urna cineraria determinó que entre los restos de un varón de 30-40 años había los de un niño de 4-5 años. El ajuar (Fig. 6) constaba de un cuenco hecho a mano y otro torneado en cuyo interior (y alrededor) había ocho cuentas de collar de pasta vítrea y una de bronce. Al sur del cuenco se situaban los restos de otro hecho a mano. También se hallaron los restos óseos de un ovicáprido y de una especie animal no identificada.

Tumba 11 (*ibidem*: 59-60): Se trataba de un conjunto del siglo IV a.C. correspondiente a una mujer de 20-30 años y un niño de 4-5 años que se halló en el sector J en 1986. El hoyo en el que se encontraba el depósito, cuyo estado de conservación era pésimo, tenía forma irregular y se internaba en la terraza estéril 30 cm. No había urna cineraria, por lo que los 208 g de restos óseos cremados se disponía directamente sobre el fondo del *loculus*. El ajuar (Fig. 7) se componía de un collar de 18 cuentas de pasta vítrea azul y 2 de bronce, una fusayola, un botón cónico de bronce con travesaño, un fragmento de un colgante de bronce con forma de rueda de 4 radios y un puente de una fíbula anular hispánica.

Tumba 12 (*ibidem*: 60-61): Fue hallada en 1985 en el sector K. Se trata de una tumba del IV a.C. cuyo contenido estaba alterado ya que, salvo la urna cineraria, muchas de las piezas cerámicas estaban muy fragmentadas y no se encontraban en su posición original. El hoyo tenía forma ovalada de 80x40 cm y se internaba en la terraza estéril 10 cm. El contenido (Fig. 8) contaba con una urna cineraria tosca, en la que había 61 g de restos óseos cremados de un niño de 1-2 años; un vaso hecho a mano; siete canicas de cerámica y otra de piedra; una cajita zoomorfa con aristas biseladas y un asa

⁵ Entre 1985-1987, los análisis antropológicos de los restos óseos cremados fueron realizados por el Dr. Reverte Coma.

con forma animal gracias a dos apéndices a modo de cuernos; una esfera carbonosa; una cuenta de collar de pasta vítrea azul y una aguja de coser de bronce. También aparecieron 5 fragmentos óseos de una especie animal indeterminada.

Tumba 13 (*ibidem*: 61): Datada hacia el siglo IV a.C. también fue hallada en el sector K en 1985. El hoyo circular tenía un diámetro de 30 cm pero apenas profundizaba en la terraza estéril sobre la que se dispusieron directamente los 79 g de restos óseos cremados de un infante de 8-10 años. El ajuar (Fig. 9) consistía en una pulsera formada por dos cordeles de bronce entrelazados, una canica de piedra y una fusayola.

Tumba 14 (*ibidem*: 61-62): También se localizó en el sector K en 1985. Como en los otros casos, debido a su ubicación cercana al pinar de Las Pozas, esta tumba también fue datada hacia el siglo IV a.C. Aunque aparentemente no sufrió alteración alguna, en el hoyo circular que apenas afectaba a la terraza estéril 5 cm tan sólo se hallaron 122 g de restos óseos cremados de un niño de 4-5 años.

Tumba 21 (*ibidem*: 67): Fue encontrada en el sector N en 1986. La estructura de esta tumba del siglo IV a.C. correspondía a un hoyo ovalado que se internaba en la terraza estéril 10 cm. El contenido (Fig. 10), intacto, incluía, además de un paquete de 233 g de restos óseos cremados colocados directamente sobre el fondo de la tumba y adscritos a una mujer de 20-30 años y un niño de 2-3 años, una copa hecha a mano, una pieza naviforme de hierro de un pomo de un puñal Monte Bernorio y una punta de asta de hierro.

Tumba 53 (*ibidem*: 124): Localizada en el sector AK de la zanja II en 1986 fue la última tumba infantil hallada entre 1985-1987. Se trata de un conjunto del II a.C. en buen estado de conservación contenido en un hoyo ovalado de 60 por 45 cm que se internaba 20 cm en la terraza estéril. Apenas proporcionó 45 g de restos óseos cremados dispuestos directamente sobre el fondo de la sepultura y asociados a una niña de 8-9 años y un anillo de bronce (Fig. 11).

4.4. Los conjuntos nuevos: Campañas 2000-2011

Tras un lapso de 10 años, los trabajos arqueológicos en Las Ruedas fueron retomados, sin interrupción hasta la actualidad, en el 2000 (Figs. 3 y 4). Al igual que en los años 80, las intervenciones buscaban incrementar el registro funerario para tratar de reconstruir la organización social e ideológica de la comunidad pintiana (Sanz, 2010: 203).

Las campañas de 2002-2004 se llevaron a cabo al oeste de la zanja II, en torno al área que coincidía con los sectores que entre el 85-87 habían deparado una gran concentración de tumbas ricas en buen estado (*ibidem*: 203). Así, entre los sectores R-AI de la zanja II se abrió la zanja VI, que proporcionó una veintena de tumbas (*ibidem*: 203), una de ellas infantil (t. 83).

Desde 2005, las intervenciones se practicaron al este de la zanja II en dirección al arroyo de La Vega, límite natural de la necrópolis por el flanco oriental. Se abrió la zanja VII, en paralelo a los sectores Y-AH de la zanja II, que dio 25 tumbas (*ibidem*: 203) de las que la 90, 98 y 114 se relacionaban con niños.

En 2007 se reorganizó la planimetría de la necrópolis estructurándose en grandes unidades de 40x40 m nombradas por letras (norte-sur) y números (este-oeste) que a su vez se dividían en unidades menores de 4x4 m identificadas de la misma forma (*ibidem*: 203). Ese año, los trabajos se llevaron a cabo en varios sectores de G2 y F2 situados al norte y al sur de la zanja VII y en ocho de E2 y E3 ubicados al sur de la zanja II con el objetivo de averiguar la evolución de la ocupación del espacio de este-oeste (*ibidem*: 203). Ese año, se encontraron 23 tumbas del siglo IV a.C. salvo tres del siglo II-I a.C. pertenecientes a dos mujeres (127a y 128) y una niña (127b) aristócratas (*ibidem*: 203).

Entre 2008-2010 las excavaciones continuaron en los sectores de las cuadrículas F1, F2, G1 y G2 correspondientes a los siglos II-I a.C. Los casi 400 m² excavados proporcionaron 98 tumbas en buen estado de conservación (*ibidem*: 204) entre las que destaca la 153, perteneciente a una niña de alto estatus social.

Por último, la campaña de 2011 se centró en seis sectores de la cuadrícula E2 situados al norte y sur de los que en 2007 proporcionaron las tumbas aristocráticas del siglo II-I a.C. 127 y 128 para averiguar si se trataba de enterramientos excepcionales o si más tumbas notables ocuparon ese espacio del siglo IV a.C. (Sanz, 2012a: 6). Los trabajos depararon ocho tumbas del IV a.C. bastante alteradas y de escasa riqueza (*ibidem*: 6-7), una de las cuales (t. 247) pertenecía a un varón adulto y dos niños.

Tumba 83 (PD/LR/2003/VI/AC/1321/83)⁶ (Sanz *et al.*, inédito f): Esta tumba del siglo III-II a.C. fue hallada en 2003 en el sector AC de la zanja VI. El conjunto se inscribía en un hoyo ovalado de casi 1 m de anchura que apenas afectaba 10 cm a la terraza estéril. El contenido (Fig. 12), que

⁶ Datos de localización de la tumba: PD (Padilla de Duero)/ LR (Las Ruedas)/ Año del hallazgo/ zanja/sector/unidad estratigráfica/número de tumba.

mostraba signos de alteración en la parte más superficial, consistía en los fragmentos de dos vasos hechos a mano, una botella torneada, un punzón de hierro y una esfera carbonosa. Los 10 g de restos óseos cremados encontrados en el relleno de la tumba fueron adscritos, tras su estudio por el Dr. Javier Velasco Vázquez⁷, a un infante.

Tumba 90 (PD/LR/2005/VII/AF/1504/90) (Sanz *et al.*, inédito d): Datada hacia el siglo II a.C., fue localizada en el sector AF de la zanja VII en 2005. La sepultura era ovalada de 70x40 cm y profundizaba en la terraza estéril 20 cm. El contenido (Fig. 13) estaba intacto a excepción de algunas de las piezas más superficiales, fragmentadas por la presión ejercida por dos lajas de piedra que cubrían la sepultura. Entre los 31 objetos del ajuar destacan dos ollas toscas torneadas, una de las cuales funcionó como urna cineraria ya que en el interior aparecieron 40 g de restos cremados de un niño de 3 años. En esa urna también se encontró una cajita zoomorfa con prolongaciones dentadas. En la segunda urna se hallaron los restos de un bóvido adulto. Junto a estas piezas había cuatro cuencos seis botellas y fragmentos de dos vasos hechos a mano, un cuenco y tres botellas torneadas, otra cajita zoomorfa completa y los fragmentos de una tercera, dos sonajeros en forma de carrete (en el interior de uno había 27 bolitas de arcilla) y 9 canicas de cerámica decoradas.

Tumba 98 (PD/LR/2005/VII/AC/1504/98) (*ibidem*): Localizada en el sector AC de la zanja VII en 2005, data del siglo III-II a.C. La sepultura, en buen estado de conservación a pesar de que la presión de tres lajas pétreas que sellaban la tumba rompió algunas cerámicas, se integraba en un *loculus* circular de 60 cm de diámetro que profundizaba 35 cm en la terraza estéril. Además de dos ollas toscas, una de ellas la urna cineraria porque contenía 460 g de restos óseos cremados de una mujer de 20-40 años y un neonato, el conjunto contaba también con ofrendas animales⁸ y un ajuar de 16 piezas (Fig. 14): Una fíbula tipo La Tène, una ollita hecha a mano, dos botellas ‘boca de seta’ y una bitroncocónica, dos copas, un plato, dos jarras de pico, una tapadera, dos cuencos y un cuenquecito torneados.

Tumba 114 (PD/LR/2005/VII/Z/1519/114) (*ibidem*): Esta sepultura de los siglos III-II a.C. fue hallada en 2005 en el sector Z de la zanja VII. Tenía planta triangular de 72x65 cm y se adentraba en la terraza estéril 40 cm. El análisis de los 11 g de restos óseos cremados hallados en el relleno reveló que se trataba de un infante. Además, también aparecieron 24 g de restos óseos de un

⁷ El Dr. Javier Velasco se encargó de los análisis de los restos óseos humanos y animales hallados en Las Ruedas entre 2000-2007.

⁸ Un lagomorfo joven y otro adulto junto con dos especies indeterminadas en el relleno de la tumba, en una de las ollas toscas y en la ollita.

cánido joven⁹. El ajuar (Fig. 15) tenía dos copas torneadas, un fragmento de una olla tosca, un cuenco hemisférico, fragmentos de tres cuencos con carena alta y un fragmento del fondo de un vaso hechos a mano, un regatón de hierro, una anilla de hierro de la que pendía una punta, dos chapas de bronce unidas por remaches de hierro.

Tumba 127b (PD/LR/2007/E2f6/1708/127b) (Sanz *et al.*, inédito b): Esta sepultura del siglo II-I a.C. perteneciente a una niña de 6-8 años que, por su abundante y rico ajuar puede considerarse una verdadera “princesita” vaccea (Sanz, e.p.), fue localizado en 2007 en el sector E2f6. El conjunto, protegido por varias lajas de piedra, se ubicaba al sur de un gran *loculus* ovalado en cuyo extremo septentrional se encontraba la tumba 127a, correspondiente a una mujer de alto estatus social que tal vez era la madre de la niña y que fue enterrada al mismo tiempo que aquella (Sanz y Romero, 2010: 406). Además, a escasos metros de los dos conjuntos apareció otra tumba del siglo II-I a.C. (t. 128) correspondiente también a una mujer de notable posición social, tal vez relacionada con las otras damas.

La zona donde aparecieron estas tumbas es del siglo IV a.C., un espacio situado muy al sur del sector G1 en el que se encuentran las tumbas de los siglos II-I a.C. y donde deberían haberse hallado estas mujeres. Quizá el motivo de tal disposición fue que la zona del siglo II-I a.C. estaba impracticable tras su destrucción¹⁰ durante alguno de los asedios que sufrió *Pintia* durante el proceso de conquista romano, obligando a los parientes de estas mujeres a aprovechar un área de enterramiento libre en una de las partes más antiguas de la necrópolis (Sanz, 2012a: 6-7).

Las intervenciones acometidas en torno a estas tumbas en 2011 dejaron al descubierto entre los sectores E2e5y E2e6 los restos de un *bustum* o pira funeraria a pie de tumba (Sanz, 2012b: 9). Dado que el rito funerario normativo de los vacceos consistía en la cremación de los cuerpos en un *ustrinum* cercano a la necrópolis, la presencia de un *bustum*, así como de los restos de un banquete funerario o *silicernium* junto a las tumbas 127 y 128 (*ibidem*: 9) alude al trato privilegiado que estas damas gozaron en vida y en las exequias funerarias.

Entre los más de sesenta objetos que conformaban el ajuar de la tumba 127b (Fig. 16) había dos fuentes ovaladas, un cubilete y un vasito hechos a mano, dos ollas toscas, una de las cuales (urna cineraria) contenía 75 g de restos óseos humanos cremados, tres botellas de ‘boca de seta’, dos botellas torneadas de perfil abombado, una cajita zoomorfa, dos jarras de pico, tres cuencos

⁹ Se halló un fragmento de escápula y otro de coxal con marcas de descarnamiento realizadas intencionadamente con algún instrumento cortante.

¹⁰ Baste como ejemplo el gran número de estelas caídas y afectadas por el fuego halladas en la zona.

torneados de perfil abombado, una jarra bitroncocónica, una cratera, una copa torneada, dos zarcillos de cerámica, 14 canicas de cerámica decoradas y 5 lisas, cuatro canicas de piedra, un sonajero anaranjado con forma de carrete, dos cuentas de collar de pasta vítrea azul y una amarilla, una cuenta de ámbar, fragmentos de dos fíbulas bronceas, una fíbula anular hispánica, una fíbula tipo La Tène, una fíbula con la forma de una cabeza de lobo en bronce e incrustaciones de pasta vítrea blanquecina en los ojos, cinco colgantes, una cinta y dos remaches de bronce, una aguja de coser, unas pinzas de cocina y una parrilla de hierro.

Por otra parte, tanto en el fondo de la tumba como en algunos de los recipientes se encontraron los restos óseos de tres lagomorfos adultos y dos ovicápridos jóvenes, así como un huevo de oca pintado.

Tumba 153 (PD/LR/2008/G2e1/1821/153) (Sanz *et al.*, inédito a): Datada en el siglo II a.C., fue hallada en el sector G2e1 en 2008. El conjunto estaba intacto aunque las lajas que cubrían la tumba habían fragmentado las piezas más superficiales. En el interior del hoyo circular de 133 cm de diámetro que profundizaba en la terraza estéril 40 cm se halló una urna cineraria con 106,5 g restos óseos cremados de una niña de 10 años. Tanto en el relleno de la tumba como en el interior de algunos recipientes se hallaron 73 g de restos óseos de dos lagomorfos jóvenes y uno adulto, dos ovicápridos adultos, un suido, una especie indeterminada y varios fragmentos de cáscara de huevo.

En cuanto al ajuar (Figs. 17 y 18), compuesto por más de un centenar de piezas, lo que nos indica que la pequeña debió de gozar de un alto estatus social, había cinco catinos troncocónicos, una olla, un trípode, dos cuencos y fragmentos de tres vasos hechos a mano, un plato, una pátera y una tapadera, cuatro ollas toscas (una sirvió de urna cineraria), tres cuencos torneados de perfil globular y tres de perfil en S con decoración pintada, dos crateras, cinco botellas torneadas de boca ancha, 21 botellas anaranjadas ‘boca de seta’ y otra negra bruñida, dos botellas negras bruñidas de cuello ancho, una jarra bitroncocónica, cinco cajitas zoomorfas (una tiene en el asa dos apliques de barro que imitan los cuernos de un carnero), un sonajero con forma de esfera, un *tintinabulum* cuadrangular con cinco anillas de cerámica, una fusayola, una canica de granito y 22 de cerámica, dos cuentas de collar de cerámica y una de ámbar, ocho colgantes de cerámica con forma de lágrima (cinco decorados), una fíbula anular hispánica de cerámica, dos agujas de coser bronceas, dos colgantes tipo aguja, dos aretes de bronce, una fíbula tipo La Tène y tres fragmentos de hierro indeterminados.

Tumba 247 (PD/LR/2011/E2e4/2104/247) (Sanz *et al.*, inédito c): Esta tumba del siglo IV a.C. en cuyo interior se hallaron dos conjuntos funerarios fue excavada en el sector E2e4 en 2011. El

análisis de los 154 g de restos óseos cremados hallados en la urna cineraria y en el relleno del conjunto “a” realizado por un equipo coordinado por el Dr. Pastor Vázquez¹¹ determinó que correspondían a una niña de 5-6 años y un infante alofiso de 1 año. Por otra parte, los 316 g hallados en el interior y alrededores de la urna cineraria del conjunto “b” correspondían a un varón adulto¹² que posiblemente guardaba relación de parentesco con los niños.

El ajuar (Fig. 19) del conjunto infantil “a” contaba con una olla tosca (urna cineraria) en la que se halló un fragmento de concha marina, un fragmento de un vaso hecho a mano, una fusayola sin decoración, el puente de una fíbula de bronce, tres pulseras bronceas lisas de sección ovalada y cinco de tipo torsadé, un broche de hierro de forma rectangular, un cuchillo afalcado de hierro, un objeto de hierro indefinido y 105 cuentas de collar: 104 de pasta vítrea azul y una nacarada.

4.5. Rito funerario y ajuares. Los niños de Las Ruedas

Las 15 tumbas infantiles que hemos descrito apenas constituyen el 8% de las más de 260 excavadas hasta la fecha en Las Ruedas (Sanz, e.p.). Un porcentaje muy pequeño que no parece reflejar la supuesta alta tasa de mortalidad infantil, cercana al 25% para los menores de 1 año y entre el 55-72% hasta los 13 años (Sanz y Diezhandino, 2007: 99), que debieron de sufrir sociedades preindustriales como la vaccea teniendo en cuenta, además, que esta necrópolis de más de 6 ha estuvo en activo durante 600 años (Sanz, e.p.).

Tal vez la escasez de hallazgos se deba en parte a la alteración y destrucción de algunos conjuntos debido a fenómenos naturales, la acción animal o a la mano del hombre. Otra hipótesis es que sólo los niños de las familias de mayor estatus social eran sepultados en Las Ruedas. Sin embargo, la existencia de tumbas humildes o “pobres”¹³ como la 53, con un sólo anillo bronceo como ofrenda o la 14, sin ajuar alguno, no parece corroborar tal postura (*ibidem*). Incluso se ha apuntado la posibilidad de que los niños fueran enterrados en zonas del cementerio específicas para ellos (*ibidem*) pero como todas las tumbas infantiles excavadas están rodeadas por otras de adultos y también se han hallado conjuntos dobles de niño-adulto (parientes) esta idea ha sido rechazada

¹¹ El cual se encargó del estudio antropológico de los restos óseos humanos y animales hallados en Pintia desde 2007.

¹² Ello se ve también en el ajuar del conjunto “b”: un cuenco hecho a mano que sirvió de urna cineraria, dos terminales y dos grapas de hierro de una *caetra* y una pieza naviforme del pomo de un puñal de tipo Monte Bernorio de la primera mitad del siglo IV a.C.

¹³ Un método para averiguar la riqueza y el estatus del difunto es cuantificar las piezas del ajuar y estudiar cada objeto: tipología, material, la dificultad técnica que entrañó su elaboración, decoración... Cuantas más piezas, variedad y calidad haya, más gasto se habrá acometido en la preparación de las exequias y, por tanto, más notable fue el difunto (Sanz *et al.*, 2003: 154).

apuntándose, más bien, a una organización del espacio cementerial de tipo gentilicio (Sanz y Romero, 2005: 18).

Con todo, esta pequeña muestra sirve de punto de partida para analizar los gestos que la sociedad vaccea aplicaba a los niños en el ámbito funerario atendiendo a factores como la edad, sexo, estatus social, lazos afectivos... Es decir, si “detrás de los ajuares y ofrendas se representan personas, ligazones y afectos... y que determinados gestos o ritos se repetían en función de esos perfiles” (Sanz y Romero, 2010: 414), el análisis de los ritos funerarios, restos óseos y ajuares puede servir para definir el sexo, edad y rango social de los difuntos, las normas de comportamiento ante la muerte y, así, reconstruir la organización social e ideológica vaccea (Sanz, 2010: 216-217), si bien teniendo siempre muy presente que el ámbito de ultratumba, cargado de gran simbología, no es un fiel reflejo del mundo de los vivos (Izquierdo, 1998-99: 131-132).

a) El rito funerario

De acuerdo a las costumbres vacceas, sólo los individuos mayores de un año, aquellos que habían superado el período más crítico para su supervivencia y habían sido aceptados en la familia y la comunidad recibían el ritual funerario normativo de la cremación. El hecho de que todos los niños de Las Ruedas fueran incinerados indica, por tanto, que eran mayores de un año. La única salvedad es la tumba 98, que cobijaba los restos de un neonato que (al igual que la mujer que pudo ser su madre) no debió de superar el momento del parto. La presencia de un neonato en una necrópolis de incineración es excepcional puesto que, según la tradición vaccea, eran inhumados en el suelo de las viviendas¹⁴. Sin embargo, en el mundo ibérico hay casos parecidos a éste. Ejemplo de ello es la tumba 38 de la necrópolis de Turó del Dos Pins en la que se encontraron los restos cremados de una mujer y un feto a término que no superó el momento del parto (Chapa, 2003: 119-120).

Los cuerpos de los niños, al igual que los de los adultos, fueron cremados en un espacio reservado para tal efecto cercano a la necrópolis como el *ustrinum* de Los Cenizales a excepción de la niña de la tumba 127b, que, como las mujeres adultas de las tumbas 127a y 128, fue cremada a pie de tumba tal y como indican los restos de un *bustum* cercanos a dichas sepulturas (Sanz, 2012b: 9). Ello muestra, así, la destacada posición social que esta niña y su familia debieron de ostentar en la sociedad pintiana del siglo II-I a.C. a la vez que nos revela de que el estatus social no se conseguía por méritos propios, sino que era hereditario.

¹⁴ Recuérdese la máxima de Plinio el Viejo en su *Historia Natural*: “es costumbre universal no incinerar a una persona antes de que le salgan los dientes” (Romero *et al.*, 2008: 687).

Las cenizas y restos del cráneo y de los huesos largos se metían en una urna cineraria u otro recipiente (t. 8, 12, 90, 98, 127b y 153 y 247) que era el primero en colocarse dentro de la tumba. El hecho de que en algunos casos (t. 5, 11, 13, 14, 21, 53, 83, 114) los restos se depositaran directamente en el fondo del *loculus* no significa que fueran tumbas pobres ya que salvo la 14, todas las sepulturas sin urnas presentan ajuar más o menos ricos con, incluso, piezas metálicas, lo cual indica que aunque la utilización de la urna cineraria era habitual, al menos en las etapas más antiguas no debía de ser un objeto fundamental en el ritual funerario vacceo (Sanz, 1997: 492).

Alrededor de la urna se colocaba el ajuar u objetos personales del difunto, los cuales solían quemarse junto con el cadáver y disponerse en o junto a la urna para remarcar el vínculo entre el objeto y su propietario (Sanz, 2010: 213), y ofrendas de alimentos, bebidas u objetos que, si bien no pertenecían al difunto, un pariente colocaba en la tumba a modo de despedida (*ibidem*: 213). Así la fíbula de tipo La Tène hallada en el plato de cerámica de la tumba doble 98 se interpreta como una ofrenda porque aún conserva la caña vegetal en el interior del muelle del resorte (hubiera desaparecido de haberse encontrado junto al cadáver en la pira funeraria) (Sanz y Garrido, 2007: 97) al igual que el anillo bronceo de la tumba 53 porque es la única pieza que acompaña a los restos óseos, no está termoalterada y tiene un diámetro excesivo (18 mm) para el dedo de una niña de 8-9 años (Sanz, 2010: 213).

En cuanto a la morfología, todas las tumbas presentan planta circular, elíptica o irregular, perfil cóncavo y dimensiones ajustadas a la cantidad y tamaño de los objetos del ajuar que acompañan al difunto ya que cuanto más numeroso sea el ajuar, mayor será el hoyo tal y como puede apreciar en las suntuarias 127b, una sepultura con más de sesenta piezas ubicadas en un *loculus* de 150 cm de diámetro, y la 153, que albergaba más de cien piezas en un hoyo de 133 cm de diámetro frente al *loculus* de la sepultura 14 que, como carecía de ajuar, apenas medía 30 cm de diámetro.

Todas las tumbas se abrieron en el nivel de la terraza estéril, compuesta por gravas y arenas (Sanz, 1997: 487). Conforme la ocupación del cementerio se extendió desde el pinar de Las Pozas hacia el poblado de Las Quintanas, tanto la terraza como las tumbas se encuentran a mayor profundidad. Quizá esa obsesión por alcanzar la terraza estéril y el esfuerzo de sellar las tumbas con lajas de piedra obedeciera a un intento de proteger los conjuntos funerarios de posibles profanaciones (*ibidem*: 487). Como ejemplos podemos citar la tumba 90, protegida por dos lajas pétreas de mediano tamaño (Sanz, *et al.*, inédito d), la tumba doble 98, que se internaba 35 cm en la terraza estéril y contaba con tres lajas de mediano tamaño dispuestas en horizontal sobre el ajuar (*ibidem*) o

la tumba 127b, que se encontraba a una profundidad de 1,5 m y estaba protegida por varias lajas de piedra dispuestas en horizontal (Sanz y Romero, 2008: 406).

b) La edad y el género de los difuntos

Los análisis antropológicos de los restos cremados realizados por los doctores Reverte Coma, Velasco Vázquez y Pastor Vázquez¹⁵ indican que 8 niños eran menores de 5 años (tumbas 8, 11, 12, 14, 21, 90, 98 y 247) y otros 6 oscilaban entre los 5-10 años (tumbas 5,13, 53, 127b, 153 y 247), si bien para los de las tumbas 83 y 114 no fue posible determinar la edad.

Su muerte prematura debió de ser un duro golpe para las familias pues, además del sentimiento de frustración que supondría la pérdida de un ser querido de corta edad, las expectativas de futuro desarrolladas por los progenitores con respecto a sus hijos habrían sido truncadas inesperadamente. En este sentido podemos citar, por ejemplo, a las “princesitas” de 7-10 años de las tumbas 127b y 153 cuyo fallecimiento sin duda desbarató los planes familiares para la perpetuación del linaje y el establecimiento de ventajosas alianzas con otras familias o comunidades a través de la exogamia (Sanz, e.p.). El dolor por tales pérdida se plasmaría en las exequias fúnebres, las cuales serían más complejas cuanto mayor fuera la edad del pequeño (cuanto más hubiera vivido, más se habría desarrollado su personalidad y los lazos afectivos serían más fuertes), más expectativas se hubieran puesto en su futuro y más notable fuera la posición económica y social de la familia (*ibidem*).

En este punto cabe volver a señalar la excepcionalidad de la tumba 98. La muerte de la mujer y el neonato debieron de ser un duro golpe para sus familiares ya que supuso la pérdida de dos elementos clave para la perpetuación del linaje. Ese dolor se reflejó en el ajuar de la tumba ya que entre los 15 objetos se aprecia una clara duplicidad: dos ollas, dos cuencos, dos botellas de boca de seta, dos jarras de pico y dos copas, además de una ollita, un cuenquecito, una botella de boca ancha, una tapa, un plato, una fíbula de tipo La Tène (Sanz y Garrido, 2007: 97) junto con los restos de dos conejos y dos especies animales indeterminadas. El hecho de que probablemente la mitad de las ofrendas estuvieran dedicadas al bebé es único en *Pintia* pues ninguno de los neonatos encontrados en Las Quintanas tenía ajuar y nos indica el gran afecto de los familiares hacia el niño, al que no dudaron de proveer de un ajuar digno del alto estatus social que hubiera ostentado en vida¹⁶.

¹⁵ Basándose en la erupción dental y sustitución de los dientes de leche por los permanente y el grado de desarrollo y longitud de los huesos largos (Pastor, inédito b y d).

¹⁶ La presencia de un elemento metálico y un pequeño equipo de bebida remarca la notable posición social y económica del cabeza de familia y ésta también se proyectó sobre su esposa e hijo.

La composición de los ajuares y ofrendas que acompañaban a los niños eran diferente dependiendo de su edad. Así, las tumbas de los niños más pequeños contenían sobre todo vasos en miniatura similares a los funcionales de los adultos, cajitas zoomorfas, sonajeros, canicas... que, además de tener una función simbólica-protectora (Sanz y Romero, 2010: 415), pudieron ser los juguetes que los pequeños tuvieron en vida. Por otra parte, las tumbas de los niños de más de 5-7 años, que comenzaban a integrarse en el mundo de los adultos (Chapa, 2003: 134) y a ser tratados como tales, tenían ajuares similares a los de los adultos (Sanz, e.p.).

En el primer caso destacan la tumba 12, perteneciente a un infante de 1-2 años, porque entre las 14 piezas del ajuar había una cajita zoomorfa, dos vasos cerámicos miniaturizados, una esfera carbonosa y 7 canicas cerámicas y otra de piedra (Sanz, 1997: 60-61), y la tumba 90, asociada a un niño de 3 años que tenía 3 cajitas zoomorfas, 9 canicas, 2 sonajeros, así como 5 cuencos y 4 botellas miniaturizadas (Sanz y Diezhandino, 2007:100-101). En el otro extremo se encuentran las tumbas suntuarias 127b y 153, vinculadas con niñas con edades entre los 7-10 años, entre cuyos ajuares, que en nada envidiaban a los de las mujeres adultas de la aristocracia pintiana, había vajillas y servicios de bebida, joyas metálicas, objetos simbólicos-protectores...

La determinación del sexo de los niños de Las Ruedas a través del estudio de los restos óseos¹⁷ es difícil, como ya señalamos al principio del trabajo, porque los cuerpos de los individuos impúberes aún no muestran claras evidencias de dimorfismo sexual (Campillo y Subirà, 2004: 181). Con todo, los análisis antropológicos de los restos determinaron que la tumba 53 correspondía probablemente a una niña de 8-9 años (Sanz, 1997: 539-540), la 127b a otra de 6-8 años por la ausencia del molar que emerge a esa edad (Sanz, e.p.: nota 8) y la 153 a una pequeña de unos 10 años.

En cuanto a los ajuares, en las tumbas femeninas predominan las cerámicas a los elementos metálicos, los cuales suelen aparecer en sepulturas de alto estatus en forma de joyas bronceas (Sanz y Romero, 2010: 415). Objetos como agujas de coser o fusayolas pueden relacionarse con mujeres ya que en la Antigüedad el trabajo textil era una actividad fundamentalmente femenina (Sanz, e.p.)¹⁸. Así, las tumbas 11, 12, 13, 127b, 153 y 247a pueden asociarse a niñas porque, como ya señalamos en las descripciones, aparecieron fusayolas cerámicas y agujas de coser de bronce. Otros elementos

¹⁷ Para determinar el sexo los investigadores se fijan en la morfología del cráneo, la mandíbula y la pelvis y la longitud y robustez de los huesos largos (Pastor, inédito b y d).

¹⁸ A veces, las tumbas masculinas también pueden presentar agujas (como la tumba 24 de Las Ruedas (Sanz, e.p.)) o una fusayola. En ese caso tales objetos serían ofrendas entregada por una mujer muy allegada al fallecido o serían objetos simbólicos que aludirían al control o monopolio que el difunto ejerció sobre la actividad del textil (Sanz, e.p.).

determinantes son los zarcillos y aretes cerámicos o metálicos como los hallados en las tumbas 127b y 153 respectivamente que aluden a niñas y adolescentes que portarían peinados característicos (trenzas) distintos de los de las mujeres adultas (*ibidem*).

Las armas y herramientas suelen ser piezas típicamente masculinas (*ibidem*). En este sentido podemos destacar la tumba 21, perteneciente a una mujer de 20-30 años y un infante de 2-3 años (Sanz, 1997: 533) ya que entre los objetos del ajuar había una punta de un asta de hierro y una pieza naviforme de un pomo de puñal tipo Monte Bernorio (*ibidem*: 67). Estas piezas cabría relacionarlas con el pequeño, si bien se trata de un caso excepcional pues normalmente las armas no aparecen en las tumbas de individuos preadolescentes (Chapa, 2003: 134. Dentro de la ética agonística del mundo vacceo las armas constituían elementos simbólicos que reflejaban la masculinidad y el honor del guerrero (Sanz, e.p.). Así, la presencia de armamento en la tumba 21, alude a la condición masculina del niño, a su origen social destacado y al deseo de sus parientes de entregarle los objetos que debiera haber recibido en la adultez y con los que hubiera plasmado dichos valores. Por otra parte, las tumbas 83 y 114 también pueden adscribirse a varones porque en la primera apareció un punzón de hierro (Sanz *et al.*, inédito f) que podría aludir a la actividad económica desempeñada por su familia, y en la 114 se halló un regatón de hierro (Sanz, *et al.* inédito d).

c) Cerámicas: Banquete y vino

Entre los elementos que en mayor o menor medida comparecen en los conjuntos funerarios vacceos tanto de adultos como de niños se hallan los vasos cerámicos. En unos casos se trata de objetos domésticos que se amortizan en las tumbas y en otros de piezas realizadas *ex professo* para ser utilizadas en los rituales funerarios porque imitan modelos antiguos que, si bien desde cierto momento no se utilizan en la vida cotidiana, se siguen produciendo únicamente para el ámbito funerario porque recuerdan los orígenes de la etnia vaccea (Sanz y Romero, 2010: 410). Tal es el caso de las cerámicas hechas a mano, las cuales hunden sus raíces en las producciones realizadas por los antepasados de los vacceos, las gentes de la Cultura del Soto (Sanz y Carrascal, 2012: 34), viven su momento de mayor apogeo entre los siglos IV-III a.C. y desde el siglo II-I a.C. desaparecen del ámbito doméstico en favor de las piezas torneadas perviviendo únicamente en el mundo funerario como meras piezas simbólicas (Sanz, e.p.). Así, las dos fuentes ovaladas y el plato hechos a mano de la tumba 127b, así como el trípode y los cuatro catinos de la 153 pueden ser objetos tradicionales hechos para únicamente para ser incluidos en estos ajuares o viejas “reliquias” familiares amortizadas en las tumbas como símbolo del alto estatus de estas niñas del siglo II-I a.C. (*ibidem*).

La finalidad de los recipientes de las tumbas es diversa. Algunos como las características botellas ‘de boca de seta’ que aparecieron en las tumbas 98, 127b y, sobre todo, 153 (22 anaranjadas y 1 negra bruñida) se han relacionado con ofrendas destinadas al aseo del difunto en el Más Allá (ungüentos) o con útiles utilizados durante las exequias con fines culinarios o religiosos (libaciones) (Sanz, e.p.) porque las analíticas de residuos realizadas en similares recipientes encontrados en otras tumbas de la necrópolis de Las Ruedas reveló que contenían restos de aceite (Sanz *et al.*, 2003: 153).

Con todo, la presencia en las tumbas infantiles analizadas de recipientes cerámicos junto a piezas metálicas relacionados la preparación de alimentos¹⁹ y a restos óseos de fauna aluden al depósito de ofrendas alimenticias para asegurar el sustento del difunto en el Más Allá y a la celebración del banquete funerario con el que los familiares despedían al difunto y en el que seguramente se consumían bebidas alcohólicas como cerveza²⁰, hidromiel y, sobre todo, vino²¹, tal y como se deduce de la presencia de equipos de bebida como los de las tumbas 98, 127b y 153²².

La celebración de banquetes en los que se consumía carne y vino fue una práctica habitual para vacceos, celtíberos, iberos... con motivo de las celebraciones que jalonaban la vida de las comunidades y familias (guerras, nacimientos, fallecimientos...) al servir como instrumento de cohesión de la comunidad, reforzamiento de los vínculos entre individuos del mismo o inferior condición social y de exaltación del poder, riqueza y estatus de las clases dirigentes que ofrecían las viandas y el vino (un producto de prestigio sólo al alcance de las élites), así como de valores como la solidaridad y la hospitalidad (Górriz, 2010: 231). Aunque en principio estas prácticas se asocian a varones de alto estatus (*ibidem*: 243-244), que aparezcan vajillas, ofrendas faunísticas y servicios de bebida en tumbas de alto estatus femeninas e infantiles como las anteriormente citadas, indica que las esposas e hijos de los varones más notables también ostentaron una destacada posición social que les permitía contar con aquellos objetos de prestigio y de participar en aquellos rituales exclusivos (*ibidem*: 244-245).

En las tumbas 8, 12, 90, 98, 114, 127b y 153 aparecen ofrendas faunísticas entre las que destacan los ovicápridos, lagomorfos bóvidos y suidos. La presencia de este tipo de especies no es extraña ya que la dieta vaccea se basaba en el consumo de cereal y de carne de bóvidos y ovicápridos

¹⁹ Como la parrillita y las pinzas de cocina de hierro de la tumba 127b (Sanz *et al.*, inédito b).

²⁰ Tal vez mezclada con sustancias psicotrópicas para facilitar el contacto entre los vivos y el Más Allá.

²¹ Símbolo de inmortalidad y regeneración por su parecido con la sangre (Górriz, 2010: 232-233)

²² La tumba 98, por ejemplo, ofrecía 2 copas y 2 jarras de pico (Sanz y Garrido, 2007: 97), la 127b tenía dos jarras de pico y otras dos bitroncocónicas, una copa y una cratera de 7.500 ml. de capacidad (Sanz, e.p.) y la 153 contaba con una jarra bitroncocónica y dos crateras que en total podían albergar 6.800 ml. (*ibidem*).

y especies cinegéticas como los lagomorfos (Sanz y Martín, 2001: 318). En cuanto al suido, aunque su consumo fue escaso en el ámbito doméstico, su elevada presencia en las tumbas y numerosas representaciones artísticas parecen indicar que fue un animal con gran carga simbólica vinculado a la idea de la guerra, la caza, lo salvaje, lo heroico (Blanco, 2012: 55) y, por tanto, asociado a las élites. Un caso excepcional es la tumba 114 porque, al igual que la botella E de la tumba aristocrática 128 (Sanz, 2012b: 13), deparó los restos de un cánido con marcas de descarnamiento. Probablemente el consumo de este animal tuvo algún simbolismo ya que en el mundo vacceo, celtibérico... se asocia a la caza y reflejar valores como la docilidad, la fidelidad, la agresividad para con los enemigos... (Blanco, 2013: 59-60).

Los análisis osteológicos realizados a los restos indican que se consumieron o depositaron (ofrendas) escápulas, costillas, vértebras, huesos de la cadera y huesos largos de las patas de animales tanto jóvenes como adultos, especialmente en el caso de los lagomorfos (Pastor, inédito c). La presencia de animales jóvenes puede responder a cuestiones alimenticias o simbólicas. Asimismo, la presencia de animales adultos indica que éstos no fueron criados únicamente por su carne, sino que se aprovechó de ellos otros productos secundarios (fuerza, leche, lana...).

d) Joyas metálicas y cerámicas

La presencia de objetos metálicos en los ajueres infantiles es una muestra de la notable posición social y económica del difunto y su familia ya que, en una sociedad como la vaccea, que habitaba una zona carente de este tipo de materiales (Sanz y Romero, 2010: 415), desprenderse de una pieza metálica que posiblemente había pertenecido a la familia durante generaciones para amortizarla en una tumba expresa la gran riqueza y estatus social de que gozaba dicho linaje. En el mundo vacceo las joyas, especialmente aquellas que eran de oro o plata eran heredadas de generación en generación por su valor económico, afectivo y simbólico al tratarse en muchos casos de verdaderas “reliquias” que hablan de los orígenes del linaje y su estatus (Romero y Sanz, 2010: 456).

El conjunto de la tumba 11, por ejemplo, presentaba una fíbula anular hispánica, un colgante con forma de rueda y un botón cónico bronceos (Sanz, 1997: 59-60). La tumba 13 tenía una pulsera de bronce y la tumba 53 un anillo bronceo (*ibidem*: 61-124). Sobre un plato de cerámica de la tumba doble 98 se encontró una fíbula broncea completa de tipo La Tène (Sanz y Garrido: 2007, 97-98). Los conjuntos aristocráticos 127b y la 153 destacan por el elevado número de piezas bronceas que poseen, 13 y 6 respectivamente, y por la excepcionalidad de algunas de las joyas

como la fíbula con forma de cabeza de lobo de bronce e incrustaciones de pasta de vidrio y una fíbula anular hispánica broncea muy antigua que pudo ser una “reliquia” familiar²³ de la tumba 127b (Sanz *et al.*, inédito b). Por último, entre las joyas que formaban parte del ajuar de la niña y el bebé de la tumba 247a había 8 pulseras y una fíbula bronceas junto con un broche rectangular de hierro (Sanz *et al.*, inédito c).

Por otra parte, las joyas de cerámica también demuestran el alto estatus y riqueza del difunto al que acompañaban al tratarse probablemente de réplicas de alhajas realizadas en metales nobles que poseía la familia del fallecido. Dado que, como hemos dicho, las joyas eran una muestra de la riqueza del linaje y, por tanto, debían permanecer en él de generación en generación, es posible que los familiares optaran por recrearlas en cerámica y depositarlas en las tumbas para que el difunto tuviera en la muerte lo que debiera haber disfrutado en vida (Romero y Sanz, 2010: 454 y 458).

Entre estas joyas de cerámica destacamos los ya citados zarcillos de una vuelta decorados con líneas incisas y pelltas también de cerámica de la tumba 127b. Unas piezas que se asemejaban a otros ejemplos realizados en oro, hierro y bronce y decorados con prótomos de caballo en los extremos y elaboradas filigranas y granulados que han aparecido en otros yacimientos de Palencia, Zamora y León (*ibidem*: 439-440).

Otros ejemplos son los ocho colgantes cerámicos piriformes (cinco de ellos con líneas paralelas de puntos impresos a peine) y la fíbula anular hispánica decorada con pelltas de cerámica hallados en la tumba 153 (Sanz *et al.*, inédito a; Romero y Sanz, 2010: 441 y 448). Al igual que los zarcillos de la 127b, esta fíbula parece una réplica a tamaño natural de los modelos en oro, plata, bronce y hierro hallados en Arrabalde (Zamora), El Bierzo y San Martín de Torres (León) (Romero y Sanz, 2010: 443) y que han sido datados entre los siglos IV y II a.C. (Romero y Sanz, 2010: 443-444), lo cual invita a pensar que la fíbula de la tumba 153 recrea una posible “reliquia” familiar.

Además, de ser elementos simbólicos es posible que estas joyas también tuvieran una finalidad funcional ya que las piezas comentadas están cocidas tienen dimensiones muy similares a las de las joyas metálicas que imitan y están técnicamente preparadas para ser utilizadas²⁴. Así, es posible que fueran adornos que las niñas de las tumbas 127b y 153 emplearon en vida y que, a su muerte, fueron dispuestas como parte de su ajuar. Sin embargo, la ausencia de evidencias de desgaste en ellas parece desmentir esta hipótesis (*ibidem*: 455).

²³ Porque se trata de un modelo que ya no se producía hacia el siglo II a.C. (Romero y Sanz, 2010: 458).

²⁴ El anillo de la fíbula de la tumba 153 presenta dos orificios paralelos que quizá atravesaría una aguja o caña que no se ha conservado. Si tan sólo hubiera sido un objeto simbólico ¿por qué sustituir el muelle y resorte por un pasador?

e) Objetos simbólico-protectores

Elementos de adorno como los collares de cuentas bronceas, de pasta vítrea o de materiales exóticos como el ámbar pudieron tener la finalidad de proteger a los más pequeños de los malos espíritus (Chapa, 2003: 125). En este mismo sentido las fíbulas de las tumbas 11, 98, 127b, 153 y 247a, el anillo de bronce de la 53, el broche de hierro de la 247a, las pulseras de la 13 y la 247a, el *tintinabulum* de la 153 y los colgantes cerámicos o metálicos de las sepulturas 127b y 153 serían amuletos protectores o, como hemos apuntado antes, reliquias familiares que aludían al alto estatus y riqueza de sus propietarios²⁵.

Entre las “piezas singulares” de cerámica vacceas destacan las cajitas zoomorfas con cuatro patas, decoración fundamentalmente excisa²⁶ en los lados y un asa con la forma de prótomos de caballo, carnero o bóvido (Sanz y Carrascal, 2012: 40-41), animales con gran valor simbólico en la Europa céltica: El caballo era muy valorado por las élites vacceas porque era un elemento de prestigio, el carnero simbolizaba la abundancia y la fertilidad y los bóvidos constituían uno de los pilares de la economía vaccea y eran elementos de prestigio en una sociedad en la que el poder y la fortuna descansaban en la propiedad del ganado (Blanco, 2013: 55-59). Estas cajitas pudieron haber servido como instrumentos de medida para coger grano, lucernas, recipientes para ofrendas, juguetes o especieros/saleros. En este último caso se trataría entonces de amuletos protectores tanto por su decoración excisa, como por el significado de la sal que simbolizaría la riqueza y aludiría a las clases dirigentes por cuanto que éstas monopolizarían la producción y el comercio de la sal (Sanz, e.p.).

De las 15 tumbas analizadas la 12, por ejemplo, tenía una cajita zoomorfa con un asa con forma de caballo (Sanz, 1997: 60-61). En la tumba 90 aparecieron tres cuadradas con prolongaciones de cerámica en uno de los laterales cortos. Una de ellas, hallada en el interior de la urna cineraria, tenía un asa con forma de prótomos de caballo, por lo que pudo tratarse de un objeto de distinción social que aludía al posible origen aristocrático del pequeño (Sanz y Diezhandino, 2007: 101-102). En la 127b, sólo se encontró una cajita zoomorfa incompleta. En la tumba 153 había seis cajitas, una de las cuales presentaba un asa con la forma esquemática de un prótomos de carnero y otra, de factura muy tosca (quizá realizada por un niño), estaba decorada con una retícula de puntos a peine y tenía un asa con forma de cabeza de bóvido (Sanz *et al.*, inédito a).

²⁵ En este sentido, la cabeza de lobo de la fíbula de la tumba 127b podría ser un amuleto protector o un símbolo de poder pues el temido lobo encarnaba la ferocidad, la astucia, el triunfo, la organización y jerarquía... (Blanco, 2012: 53-54)

²⁶ Estilo decorativo que parece guardar algún tipo de significado protector o simbólico (Sanz y Carrascal, 2012: 40).

En este punto también se incluyen los sonajeros de cerámica con una elaborada decoración excisa y bolitas de cerámica en su interior que, junto con las cajitas, son otro de los elementos característicos del mundo vacceo especialmente entre los siglos III y I a.C. (Sanz *et al.*, 2013: 273). El hecho de que la mayoría de los que disponemos procedan de contextos funerarios invita a pensar que tuvieran alguna función en los rituales funerarios y sirvieran como elementos de protección que facilitaban el paso de los difuntos al Más Allá (*ibidem*: 275). Dado que muchos han aparecido en tumbas infantiles y de mujeres, es posible que fueran amuletos cuyo tintineo protegía a los niños de los malos espíritus y a las mujeres durante el embarazo y el parto (*ibidem*: 273). Tal vez incluso fueran juguetes o instrumentos musicales de los difuntos (*ibidem*: 275).

En la tumba 90, por ejemplo, había dos sonajeros iguales de tipo carrete con una profusa decoración de motivos de triángulos excisos, líneas incisas e impresiones de puntos tanto en las cubiertas como en la pared (Sanz y Diezhandino, 2007: 101); En la 127b se halló un sonajero cilíndrico decorado con líneas incisas y bandas de triángulos excisos en zig-zag (Sanz *et al.*, inédito b) y en la 153 apareció un sonajero esférico dividido por líneas incisas en 8 sectores rellenos con impresiones circulares realizadas con un instrumento de punta roma (Sanz *et al.*, inédito a).

En este punto también podemos incluir el *tintinabulum* o placa colgante cuadrangular de cerámica anaranjada y profusa decoración incisa-excisa-impresa por ambas caras hallado en la tumba 153 (Sanz *et al.*, inédito a) ya que, al igual que los sonajeros, el tintineo de las cinco anillas que cuelgan de las esquinas y apéndice de la pieza pudo servir para ahuyentar a los malos espíritus.

Las canicas de piedra y de cerámica de entre los 15 y 50 mm de diámetro (Sanz y Carrascal, 2012: 41) también son muy frecuentes en los contextos funerarios vacceos, tanto en el caso de hombres y mujeres adultos como de infantes (t. 12, 13, 90, 127b y 153). Estos objetos se han interpretado como juguetes cuentas de collar o incluso proyectiles de honda (*ibidem*: 41). El hecho de que la tumba 153 presentara el mismo número de canicas que el de botellas de boca de seta invita a pensar que, al menos en este caso, fueron los tapones de los recipientes, si bien ninguna se encontraba junto o sobre las botellas (Sanz, e.p.). Tal vez fueran objetos simbólicos tal y como ocurría en el mundo ibérico, donde se asocian a niños y muchachas que poco antes de su boda las ofrecían a Perséfone como símbolo del paso a la adultez (Chapa, 2003: 128-129).

Por último, hemos de referirnos a los dos huevos de oca que aparecieron en las tumbas aristocráticas 127b (prácticamente completo y pintado²⁷) y 153 ya que se trata de piezas simbólico-

²⁷ Unas anchas bandas negras dividían la pieza en tres cuadrantes rellenos de pigmentos en rojo (Sanz *et al.*, inédito b).

protectoras cuya presencia, además de aludir a la idea de regeneración e inmortalidad (Sanz, e.p.), redunda en la gran excepcionalidad y alto estatus de las dos “princesitas”.

4.6. Las inhumaciones de Las Quintanas

Entre 2003-2006, los trabajos arqueológicos desarrollados en una zanja de 8x56 m dividida en 7 sectores de 8x8 m denominados de Sur a Norte A1-G1 del poblado de Las Quintanas (Fig. 20) (Centeno *et al.*, 2003: 74), además de revelar parte del entramado urbano²⁸ de Pintia de la última etapa del establecimiento indígena²⁹ y de los primeros momentos de presencia romana desde finales del siglo I a.C. (*ibidem*: 84) proporcionaron 7 inhumaciones de neonatos de entre los siglos I a.C.-I d.C. ubicados bajo los pavimentos de algunas de las estancias excavadas. Los restos fueron estudiados por un equipo coordinado por el Dr. Pastor Vázquez que tomó como referencia el grado de osificación ósea, erupción dental, la longitud de los huesos largos y la forma del cráneo y la pelvis para establecer el grado de desarrollo, talla y sexo (sin éxito) de los individuos (Pastor, inédito a).

Inhumación 1 (PD/LQ/2003/E1/1306) (Fig. 21) (Sanz *et al.*, inédito f): El cuerpo fue hallado en una fosa (E1-1304) elíptica, sección cóncava y tamaño suficiente como para albergar los restos. El *loculus* se abrió sobre los escombros de las casas del siglo I a.C. destruidas por un incendio (E1-1300), por lo que el depósito es de época altoimperial. Los restos pertenecían a un individuo perinatal de 36 semanas y 6 días, tal y como se ha deducido a partir del grado de desarrollo y osificación de los huesos y los 8 gérmenes dentarios hallados en los maxilares, que apareció con la cabeza orientada al norte y el cuerpo flexionado en posición de cúbito supino con las cuatro extremidades dobladas sobre el abdomen. El estado de conservación era bueno pues proporcionó numerosos huesos del cráneo, vértebras, costillas y de las extremidades (Pastor, inédito a).

Inhumación 2: (PD/LQ/2003/F1/1307) (Fig. 22) (Sanz *et al.*, inédito f): Corresponde a un neonato de 36 semanas y 4 días localizado en una fosa (F1-1303) de tendencia circular-oval y sección cóncava abierta sobre el suelo de arcilla de una estancia rectangular con un espacio reservado al hogar de una vivienda del siglo I d.C. (F1-1302). El cuerpo, en posición de cúbito prono, tenía la cabeza orientada al norte, el brazo izquierdo flexionado bajo el abdomen y el otro junto al flanco derecho, mientras que las extremidades inferiores estaban flexionadas e inclinadas hacia la izquierda. Al igual que el primer caso, también presentaba buen estado de conservación y

²⁸ Se hallaron algunas callejuelas rectas y varias estancias de una docena de viviendas de planta rectangular adosadas entre sí, de las que no se ha logrado excavar ninguna por completo.

²⁹ Destruído súbitamente por un incendio en el contexto de las Guerras Sertorianas (principios del siglo I a.C.) (Centeno *et al.*, 2003: 74-76 y 94-95).

proporcionó 6 fragmentos del neurocráneo, varias costillas y vértebras, así como el brazo derecho y la pierna izquierda completas, el húmero y cúbito izquierdo, el peroné derecho 37 huesos de las manos y los pies junto a un fragmento de la quilla de un ave pequeño, tal vez una paloma (Pastor, inédito a).

Inhumación 3: (PD/LQ/2003/F1-1309) (Fig. 23) (Sanz *et al.*, inédito f): Pertenece a un neonato de 36 semanas y 6 días hallado en una fosa (F1-1313) elíptica y sección cóncava practicada en el mismo suelo de arcilla F1-1302 del siglo I d.C. en el que estaba la inhumación 2. Este pequeño, cuya cabeza fue orientada hacia el sur y cuyo cuerpo fue depositado cúbito lateral flexionado sobre el flanco izquierdo con el brazo derecho debajo de las piernas y el izquierdo bajo el tórax, es uno de los mejor conservados porque además de proporcionar varios huesos completos del cráneo (temporales, esfenoides, maxilares y hemimandíbulas), algunas costillas completas y numerosos fragmentos vertebrales, tenía las cuatro extremidades completas (Pastor, inédito a).

Inhumación 4: (PD/LQ/2005/B1/1584) (Sanz *et al.*, inédito d): Corresponde a un perinatal de 40 semanas dispuesto en posición fetal sobre el flanco izquierdo en una fosa (B1-1580) de tendencia circular y sección cóncava situada al norte del muro de adobe UE 1545 y abierta entre finales del siglo I a.C.-principios del I d.C. sobre el paquete de derrumbe de época sertoriana. Al igual que en los otros casos, el estado de conservación del cuerpo era bueno ya que el esqueleto estaba prácticamente completo (Pastor, inédito a).

Inhumación 5: (PD/LQ/2006/B1/1606) (Sanz *et al.*, inédito e): La excavación de una fosa (B1-1602) de tendencia rectangular (debido a su ubicación cercana a los muros UE 1545) datada hacia el cambio de Era y que en principio fue identificada como un posible almacén debido a sus grandes dimensiones (1,41 m. en el eje este-oeste y 97 cm. en el eje norte-sur), proporcionó los cuerpos de un neonato de 33 semanas y 2 días y otro de 32 semanas y 2 días. Ambos presentaban buen estado de conservación ya que el primer cuerpo estaba casi completo y al segundo tan sólo le faltaban el brazo y pierna izquierdos (Pastor, inédito a).

Inhumación 6: (PD/LQ/2006/C1/1649) (Sanz *et al.*, inédito e): Proporcionó un neonato de 36 semanas y 4 días depositado en una fosa (C1- 1646) de planta irregular de 40 cm en el eje este-oeste y 28 cm en el norte-sur que se había practicado en el suelo UE 1608 de una estancia doméstica de la segunda mitad del siglo I a.C. En este caso, el cráneo estaba completo (conservaba incluso los yunques de los oídos), al igual que las extremidades superiores e inferiores y se hallaron numerosos fragmentos de las vértebras, costillas y huesos de las manos y los pies (Pastor, inédito a).

Inhumación 7: (PD/LQ/2006/D1/1616) (Sanz *et al.*, inédito e): En el preparado que sustentaba el suelo D1-1602 de una estancia de una vivienda datada hacia el cambio de Era abrió una fosa (D1-1615) de planta rectangular (92 cm en el eje este-oeste y 100 cm en el norte-sur) y 10 cm de profundidad que afectaba al inmediato nivel de derrumbe D1-1603 de estructuras del siglo I a.C. La fosa albergaba el cuerpo de un neonato de 36 semanas y 5 días del que apenas pudieron recuperarse las hemimandíbulas, 3 costillas, 3 fragmentos costales y otros tantos vertebrales, el húmero y cúbito izquierdos y la tibia derecha (Pastor, inédito a). Además, junto a los restos del infante aparecieron tres fragmentos costales de un felino adulto y un fragmento de maxilar de otro joven (tal vez gatos), así como la falange de un ave, quizá un gallo (Pastor, inédito a).

En definitiva, estas 7 inhumaciones corresponden a individuos perinatales de entre 32-40 semanas de gestación que debieron de fallecer debido a problemas relacionados con el alumbramiento, proceso que entrañaba gran peligro tanto para la vida de la madre como la del niño (Chapa, 2003: 119), o con el posparto. Por otra parte, la muerte de los neonatos pudo ser consecuencia del fallecimiento de la madre durante o después del parto ya que la imposibilidad de recurrir a una nodriza para las familias más humildes habría conllevado la muerte del niño nacido sano (*ibidem*: 122-123). También es posible que las muertes se debieran a prácticas generalizadas como el infanticidio bien con finalidad mágica-religiosa (sacrificio) o como mecanismo de control demográfico (Gusi y Muriel, 2008).

Independientemente de las causas de la muerte, las inhumaciones de neonatos de Las Quintanas reflejan la costumbre vaccea de inhumar a los individuos menores de un año bajo el suelo de las viviendas por cuanto no habían superado una edad mínima de supervivencia a partir de la cual eran reconocidos como miembros de pleno derecho de la comunidad y, por tanto, podían recibir el ritual normativo de la cremación (Sanz *et al.*, 2003:147). La inhumación fue una práctica desarrollada desde finales de la Edad del Bronce (Gusi y Muriel, 2008: 313), tanto en el ámbito mediterráneo como en el indoeuropeo y céltico (Torres *et al.*, 2012: 204-205), por sociedades preindustriales con altas tasas de mortalidad infantil para mitigar el fuerte impacto psicológico que debía suponer el gran número de muertes prematuras de neonatos³⁰.

Las 7 inhumaciones se localizaron bajo el suelo de estructuras domésticas. Ello puede aludir a que la muerte de bebés que aún no formaban parte de la comunidad se viviera como un hecho íntimo que sólo incumbía a la familia afectada. Ésta practicaría el enterramiento sin más ceremonia que la

³⁰ Baste como ejemplo de tal práctica las ya referidas palabras de Plinio el Viejo: “es costumbre universal no incinerar a una persona antes de que le salgan los dientes” (Romero *et al.*, 2008: 687).

apertura del hoyo y el depósito del cuerpo. La ubicación de las fosas dentro de las viviendas, sobre todo en estancias con hogar, quizá fuera un intento de vincular al neonato con la unidad familiar en la que habría crecido (*ibidem*: 208), lo cual evidenciaría cierto afecto hacia el pequeño por parte de los familiares. Otra hipótesis es que la colocación del pequeño directamente en el suelo de la vivienda simbolizaba su retorno al seno de la Madre Tierra para favorecer que se diera un nacimiento en esa familia (Gusi y Muriel, 2008: 297).

Por otra parte, el hecho de que todos los neonatos de Las Quintanas hubieran sido depositados directamente sobre el suelo de las fosas sin ningún elemento protector más allá de un sudario (Sanz *et al.*, inédito f) tal vez se deba a que el poco tiempo de vida del niño no habría permitido que se desarrollara su personalidad ni tampoco unos vínculos sentimentales tan fuertes como para que los familiares incluyeran ningún objeto a modo de despedida, si bien ello no significa que los progenitores no hubieran sentido gran frustración ante la muerte de un bebé deseado que hubiera contribuido a la perpetuación del linaje.

Por último, como hemos apuntado, junto a los cuerpos de las inhumaciones 2 y 7 se encontraron los restos de dos aves y dos felinos, uno de ellos joven (Pastor, inédito a). Tal vez estos animales fueran algún tipo de ofrenda funeraria pero también es posible que fueran las víctimas de algún tipo de sacrificio ritual de familiar tal vez de carácter fundacional o propiciatorio, lo cual animaría a pensar que los niños también habrían sido víctimas del mismo apoyándose en la idea de que muchos pueblos de la Antigüedad sacrificaban animales jóvenes o recién nacidos e incluso neonatos para transmitir la vitalidad y fuerza de los seres inmolados a los individuos, objetos, construcciones... a los que se dedicaba el ritual para que la actividad que se deseaba acometer se realizara con éxito, la vivienda recién construida nunca fuera destruida, un linaje se perpetuara en el tiempo... (Alberto y Velasco, 2003: 138).

CONCLUSIONES:

En este trabajo hemos analizado 15 tumbas de cremación correspondientes a individuos infantiles de entre los siglos IV-I a.C. y 7 inhumaciones de neonatos de entre los siglos I a.C. y I d.C. localizadas en el yacimiento vacceo de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafield, Valladolid) entre 1985-2011. A través del estudio de los ritos funerarios que recibieron los pequeños y la composición de sus ajueres hemos buscado los elementos que identificaban a los difuntos con niños (juguetes, amuletos protectores...) y explicado cuál fue el tratamiento funerario que recibieron atendiendo a su edad, sexo, estatus social...

Así, los 8 neonatos del poblado de Las Quintanas aluden a la tradición vaccea de inhumar bajo el suelo de las viviendas a los niños menores de un año, es decir, aquellos que aún no gozaban de reconocimiento social a causa de su escasa edad y el temor de que murieran durante los primeros momentos de vida dada la alta tasa de mortalidad infantil existente en sociedades preindustriales como la vaccea (Sanz *et al.*, 2003: 147). Se trata de enterramientos practicados por los propios padres en la intimidad del hogar en un intento de vincular al pequeño con el hogar (Torres *et al.*, 2012: 208), enterramientos que, si bien no exentas emoción y tristeza, sin ceremonias ni ajuares.

En contraposición, los niños que ya habían superado los momentos más críticos para su supervivencia y habían sido aceptados en la comunidad recibían el ritual genérico de la cremación, la cual debió de practicarse en algunos de los *ustrina* cercanos a la necrópolis de Las Ruedas como el del pago de Los Cenizales (Sanz y Romero, 2005: 19) o, en casos muy excepcionales, en una pira funeraria a pie de tumba, tal y como ocurrió con la “princesita” de al tumba 127b.

El hallazgo en algunas tumbas de numerosas piezas de gran tamaño y calidad, realizadas con materias primas exóticas o escasas en el territorio vacceo, inspiradas en modelos foráneos, de difícil factura... nos indica el elevado estatus social del difunto y su familia (Sanz *et al.*, 2003: 154) como es el caso de las tumbas aristocráticas femeninas como la 127b y 153 con 110 y 69 objetos respectivamente.

Asimismo, la presencia de elementos metálicos de adorno en tumbas infantiles, como la 11, 13, 53, 98, 127b, 153 y 247a sobre todo teniendo en cuenta que el territorio vacceo carecía de tales recursos (Sanz y Romero, 2010: 415) evidencia el notable poderío económico y el gran afecto que las familias sintieron por los pequeños porque no dudaron en desprenderse de aquellas joyas que habían pasado de generación en generación como muestra de estatus y riqueza familiar y entregárselas a los niños para que las disfrutasen en el Más Allá. En este mismo sentido se pueden incluir los zarcillos y la fíbula anular hispánica presentes en las tumbas 127b y 153 ya que probablemente se trata de réplicas en cerámica de antiguos modelos en oro y plata que permanecieron en la familia pero que se copiaron para que, al menos simbólicamente, las disfrutasen las niñas (Romero y Sanz, 2010: 458).

En algunos casos ha sido posible determinar el sexo y la edad de los difuntos a través del análisis de los ajuares. Así, la presencia de agujas y fusayolas lleva a pensar que las de las tumbas 11, 12, 13, 127b, 153 y 247a pertenecieron a niñas dado que el trabajo textil era una actividad fundamentalmente femenina en la Antigüedad (Sanz e.p.), mientras que el hallazgo de herramientas

y, sobre todo, de armas indica que las sepulturas 21 (*ibidem*), 83 o 114 correspondían a niños. En cuanto a la edad, la presencia en los ajuares de objetos cerámicos miniaturizados, a veces de factura tosca y sin cocer, como vasitos, cajitas zoomorfas, sonajeros, canicas... que probablemente sirvieron como juguetes a niños de muy corta edad como el de 1-2 años de la tumba 12 (Sanz, 1997: 60-61), y el de 2-3 años de la 90 (Sanz y Diezhandino, 2007:100-101). Sin embargo, en las tumbas correspondientes a niños de entre 5-10 años, es decir, pequeños que ya habían superado la primera infancia y estaban empezando a integrarse en el mundo de los adultos, tienen ajuares semejantes a los de los adultos. Tal es el caso de los ajuares de las niñas de entre 7-10 años de las tumbas aristocráticas 127b y 153 que contaban con vajillas y equipos de bebida, símbolos de su alto estatus, objetos que aluden a su rol femenino (fusayola y agujas), joyas de bronce, hierro y materiales exóticos (ámbar) y elementos de adorno como zarcillos para el pelo como indicador de su condición de jóvenes con edades cercanas a la pubertad (Sanz, e.p.) y “producciones singulares” como cajitas, sonajeros, *tintinabula*, canicas... que más que juguetes constituían elementos simbólico-protectores.

Por último, el hallazgo en algunas tumbas de vasos cerámicos, elementos metálicos de cocina (t. 127b) y restos de fauna (t. 8, 12, 90, 98, 114, 127b y 153) alude al depósito de ofrendas alimenticias para la vida de ultratumba y a prácticas como el banquete funerario y el consumo de bebidas alcohólicas (mezclados a veces con sustancias psicotrópicas). El banquete y, sobre todo, el consumo de vino eran actividades sociales vinculadas fundamentalmente a varones de alto estatus (Górriz, 2010: 243). Sin embargo, el hallazgo en las tumbas infantiles 98, 127b y 153 de notables equipos de comida y bebida indica que los niños de las familias dirigentes gozaban de los mismos privilegios, participar en las mismas actividades y tener entre sus ajuares los mismos objetos de prestigio que sus progenitores debido a que el estatus social era hereditario (*ibidem*: 244-245).

BIBLIOGRAFÍA:

ALBERTO, V. y VELASCO, J. (2003): “Perros, gatos, ovejas y cerdos: sacrificios de animales en Pintia”. En SANZ, C. y VELASCO, J. (eds.): *Pintia, un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas vacceas, romanas y visigodas (1999-2003)*, Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 125-141

BLANCO, J. Fr. (2012): “Los animales salvajes en el imaginario vacceo”, *Vaccea Anuario*. 2011, nº 5, pp. 52-59

BLANCO, J. Fr. (2013): “Los animales domésticos en el imaginario vacceo”, *Vaccea Anuario*. 2012, nº 6, pp. 54-60

BUCHET, L. y SÉGUY, I. (2008): “L’ âge au décès des enfants: âge civil, âge biologique, âge social ?” En GUSI, F.; MURIEL, S. y OLÀRIA, C. (coords), *Nasciturus: Infans, puerulus. Vobis mater terra. La muerte en la infancia*, Castellón: Server d’investigacions arqueològiques i prehistòriques (SIAP), Diputació de Castellón, pp. 25-39

CAMPILLO, D. y SUBIRÀ, M. E. (2004): *Antropología física para arqueólogos*, Barcelona: Ariel, pp. 199-205

CENTENO, I.; SANZ, C.; VELASCO, J. y GARRIDO, A. I. (2003): “Aproximación al urbanismo vacceo-romano de Pintia”. En SANZ, C. y VELASCO, J. (eds.): *Pintia, un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas vacceas, romanas y visigodas (1999-2003)*, Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 69-98

CHAPA, T. (2003): “La percepción de la infancia en el mundo ibérico”, *Trabajos de Prehistoria*, 60, nº 1, pp. 115-138

CHAPA, T. (2008): “Presencia infantil y ritual funerario en el mundo ibérico”. En GUSI, F.; MURIEL, S. y OLÀRIA, C. (coords): *Nasciturus: Infans, puerulus. Vobis mater terra. La muerte en la infancia*, Castellón: Server d’investigacions arqueològiques i prehistòriques (SIAP), Diputació de Castellón, pp. 619-641

CRAWFORD, S. y LEWIS, C. (2008): “Childhood Studies and The Society for the Study of Childhood in the Past”, *Childhood in the Past*, nº 1, pp. 5-16

GÓRRIZ, C. (2010): “Rituales de vino y banquete en la necrópolis de Las Ruedas de Pintia”. En ROMERO, F. y SANZ, C.: *De la región vaccea a la arqueología vaccea*, Valladolid: Centro de Estudios Vacceos “Federico Wattenberg” (CEVFW). Universidad de Valladolid, pp. 231-256

GRACÍ, A. y PARRA, J. (2012): “La infancia en época visigoda: su reflejo en las necrópolis madrileñas”. En PRADOS, L. (ed.); LÓPEZ, Cl. y PARRA, J. (coords.), *La arqueología funeraria desde una perspectiva de género*, Madrid: Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 385-410

GUSI, F. y MURIEL, S. (2008): “Panorama actual de la investigación de las inhumaciones infantiles en la Protohistoria del sudoeste mediterráneo europeo”. En GUSI, F.; MURIEL, S. y OLÀRIA, C. (coords.): *Nasciturus: Infans, puerulus. Vobis mater terra. La muerte en la infancia*, Castellón: Server d'investigacions arqueològiques i prehistòriques (SIAP). Diputación de Castellón, pp. 257-313

IZQUIERDO, M^a. I. (1998-199): “Las ‘damitas’ de Moixent en el contexto de la plástica y la sociedad ibérica”, *Lycetvm: Anales de Universidad de Alicante. Prehistoria, arqueología e historia antigua*, nº 17-18, pp. 131-147

LILLEHAMMER, G. (2010): “Archaeology of Children”, *Complutum*, vol. 21, nº 2, pp. 15-45

PASTOR, J. F. (coord.) (inédito a): *Estudio antropológico de los restos óseos humanos hallados en el yacimiento vacceo-romano de Pintia (Padilla de Duero, Peñafiel. Valladolid)*, Valladolid: Museo Anatómico. Departamento de Anatomía y Radiología. Facultad de Medicina. Universidad de Valladolid

PASTOR, J. F. (coord.) (inédito b): *Estudio antropológico de los restos óseos cremados hallados en la necrópolis de Las Ruedas, correspondiente al oppidum vacceo-romano de Pintia (Padilla de Duero, Peñafiel). Campañas de excavación de 2008-2009-2010*, Valladolid: Museo Anatómico. Departamento de Anatomía y Radiología. Facultad de Medicina. Universidad de Valladolid

PASTOR, J. F. (coord.) (inédito c): *Estudio osteológico de los restos de fauna hallados en el yacimiento arqueológico de Pintia (Valladolid). Campaña de excavación de 2000/ 2002-2003/ 2005-2008*, Valladolid: Museo Anatómico. Departamento de Anatomía y Radiología. Facultad de Medicina. Universidad de Valladolid

PASTOR, J.F. (coord.) (inédito d): *Estudio antropológico de los restos óseos cremados hallados en la necrópolis de Las Ruedas, correspondiente al oppidum vacceo-romano de Pintia (Padilla de Duero, Peñafiel). Campaña de excavación del 2011*, Valladolid: Museo Anatómico. Departamento de Anatomía y Radiología. Facultad de Medicina. Universidad de Valladolid

POLITIS, G. (1998): “Arqueología de la Infancia: Una perspectiva etnoarqueológica”, *Trabajos de Prehistoria*, vol. 55, nº 2, pp. 5-19

PRADOS, L. (2011-2012): “El ritual funerario durante la II E. del Hierro en la Península Ibérica. Algunas reflexiones sobre los grupos marginados por la investigación”, *Cuadernos de prehistoria y arqueología*, nº 37-38, pp. 317-331

ROMERO, F. y SANZ, C. (2010): “Réplicas de barro de la orfebrería vaccea”. En ROMERO, F. y SANZ, C.: *De la región vaccea a la arqueología vaccea*, Valladolid: Centro de Estudios Vacceos “Federico Wattenberg” (CEVFW). Universidad de Valladolid, pp. 437-465

ROMERO, F.; SANZ, C. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (2008): “El primer milenio a.C. en las tierras del interior peninsular”. En GRACIA, F. (coord.), *De Iberia a Hispania*, Madrid: Ariel, pp. 649-731

SACCHI, M. (2010): “Algunos apuntes sobre la Arqueología de la Infancia: Exploración de vías metodológicas para su definición”, *Revista de Antropología Experimental*, nº 10, pp. 281-292

SÁNCHEZ, M. (2010): “¡Eso no se toca! Infancia y cultura material en arqueología”, *Complutum*, vol. 21, nº 2, pp. 9-13

SANZ, C. (1997): *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas. Padilla de Duero (Valladolid)*, Salamanca: Junta de Castilla y León

SANZ, C. (2010): “Un vacío vacceo historiográfico: sus necrópolis”. EN ROMERO, F. y SANZ, C., *De la región vaccea a la arqueología vaccea*, Valladolid: Centro de Estudios Vacceos “Federico Wattenberg” de la Universidad de Valladolid, pp. 193-230

SANZ, C. (2012a): “Aristocracia vaccea en femenino. Las tumbas 127a, 127b y 128 de la necrópolis de Las Ruedas (Pintia, Padilla de Duero/ Peñafiel, Valladolid)”, *Gaceta Cultural Ateneo de Valladolid*, nº 62, pp. 4-7

SANZ, C. (2012b): “Campaña XXII-2011 de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero/ Peñafiel)”, *Vaccea Anuario, 2011*, nº 5, pp. 6-14

SANZ, C. (e.p.): “Muerte prematura entre la aristocracia vaccea de Pintia (Padilla de Duero/ Peñafiel, Valladolid). Estudio comparado de los rituales funerarios de dos princesas”. En *The VI internacional conference of the Society for the Study of Childhood in the Past*, Universidad de Granada: 19-21 de octubre de 2012

SANZ, C. y CARRASCAL, J. M. (2012): “La cerámica vaccea”, *Vaccea Anuario. 2011*, nº 5, pp. 34-42

SANZ, C. y DIEZHANDINO, E. (2007): “Tumba 90: una muerte demasiado prematura”. En SANZ, C. y ROMERO, F. (eds.): *En los extremos de la región vaccea*, León: Caja España, pp. 99-102

SANZ, C. y GARRIDO, A. I. (2007): “Tumba 98: mujer de entre 20 y 40 años con neonato”. En SANZ, C. y ROMERO, F. (eds.): *En los extremos de la región vaccea*, León: Caja España, pp. 95-98

SANZ, C. y MARTÍN, R. (2001): “Los vacceos”. En VV.AA., *Celtas y vettones*, Ávila: Diputación de Ávila, pp. 315-325

SANZ, C. y ROMERO, F. (2005): *Pintia cotidiana y simbólica*, Valladolid: Universidad de Valladolid

SANZ, C. y ROMERO, F. (2010): “Mujeres, rango social y herencia en la necrópolis vaccea de Las Ruedas, *Pintia* (Padilla de Duero/ Peñafiel, Valladolid)”. En BURILLO, Fr. (ed.): *VI simposio sobre celtíberos. Ritos y mitos*, Daroca (Zaragoza): 27-29 de noviembre de 2008, Zaragoza: Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda, pp. 403-420

SANZ, C.; ROMERO, F.; DE PABLO, R. y GÓRRIZ, C. (2013): “Vaccean rattles. Toys or magic protectors?”. En JIMÉNEZ, R.; HILL, R. and HOWELL, M. (eds.): *Music and ritual. Bridging material and living cultures*, Berlín: Ekho Verlag, pp. 257-283

SANZ, C.; ROMERO, F.; GARRIDO, A. I.; GÓRRIZ, C.; DIEZHANDINO, E.; DE PABLO, R. y GARCÍA, M. L. (inédito a): *Pintia. Campaña de excavaciones arqueológicas de 2008*, Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg (CEVFW). Universidad de Valladolid

SANZ, C.; ROMERO, F.; GARRIDO, A. I.; ROMÁN, A.; GÓRRIZ, C.; DIEZHANDINO, E. y GARCÍA, M. L. (inédito b): *Pintia. Campaña de excavaciones arqueológicas de 2007*, Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg (CEVFW). Universidad de Valladolid

SANZ, C.; ROMERO, F.; GÓRRIZ, C. y DE PABLO, R. (inédito c): *Pintia. Campaña de excavaciones arqueológicas de 2011*, Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg (CEVFW), Universidad de Valladolid

SANZ, C.; ROMERO, F.; SAN GREGORIO, D.; GARRIDO, A. I.; GARCÍA, E.; ROMÁN, A.; GÓRRIZ, C. y DIEZHANDINO, E. (inédito d): *Pintia. Campaña de excavaciones arqueológicas de 2005*, Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg (CEVFW). Universidad de Valladolid

SANZ, C.; ROMERO, F.; SAN GREGORIO, D.; ROMÁN, A.; GÓRRIZ, C.; DIEZHANDINO, E. y GARRIDO, A. I. (inédito e): *Pintia. Campaña de excavaciones arqueológicas de 2006*, Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg (CEVFW), Universidad de Valladolid

SANZ, C.; VELASCO, J.; CENTENO, I. y GALLARDO, M. (inédito f): *Pintia. Campaña de excavaciones arqueológicas de 2003*, Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg (CEVFW). Universidad de Valladolid

SANZ, C.; VELASCO, J.; CENTENO, I.; I TRESSERRAS, J. J. y MATAMALA, J. C. (2003): “Escatología vaccea: Nuevos datos para su comprensión a través de la analítica de residuos”. En SANZ, C. y VELASCO, J. (eds.): *Pintia, un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas vacceas, romanas y visigodas (1999-2003)*, Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 145-171

SANZ, C.; ROMERO, F. y GÓRRIZ, C. (2009): “Espacios domésticos y áreas funcionales de los niveles sertorianos de la ciudad vacceo-romana de *Pintia* (Padilla de Duero/ Peñafiel, Valladolid)”. En BELARTE, M. C. (ed.): *L'espai domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (Ier mil·lenni aC). Actes de la IV Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell (Calafell-Tarragona, 6-9 marzo de 2007)*, Barcelona:

Departament de Prehistòria, Història Antigua i Arqueologia de de la Universitat de Barcelona,
pp. 253-270

TORRES, J.; DOMÍNGUEZ-SOLERA, S. y CARNICERO, S. (2012): “Inhumaciones de perinatales en el área de la muralla sur del *oppidum* de Monte Bernorio (Villarén, Palencia). Ritos de edad y rituales funerarios”, *Munibe. Antropología-Arkeologia*, nº 63, pp. 199-211

ANEXO

	TIPO CONJUNTO	SEXO		EDAD		CRONOLOGÍA
		Adulto	Infante	Adulto	Infante	
T. 5	INDIVIDUAL		ALOFISO		6 - 9 AÑOS	IV a.C.
T. 8	DOBLE	VARÓN	ALOFISO	30 - 40 AÑOS	4 - 5 AÑOS	IV a.C.
T. 11	DOBLE	MUJER	ALOFISO	25 - 35 AÑOS	2 AÑOS APROX.	IV a.C.
T. 12	INDIVIDUAL		ALOFISO		1 - 2 AÑOS	IV a.C.
T. 13	INDIVIDUAL		ALOFISO		8 - 10 AÑOS	IV a.C.
T. 14	INDIVIDUAL		ALOFISO		4 - 5 AÑOS	IV a.C.
T. 21	DOBLE	MUJER	VARÓN (posiblemente)	20 - 30 AÑOS	2 - 3 AÑOS	IV a.C.
T. 53	INDIVIDUAL		FEMENINO (posiblemente)		8 - 9 AÑOS	II a.C.
T. 83	INDIVIDUAL		ALOFISO		INDETERMINADA (infantil)	III-II a.C.
T. 90	INDIVIDUAL		ALOFISO		3 AÑOS APROX.	II a.C.
T. 98	DOBLE	MUJER	NEONATO ALOFISO	20 - 40 AÑOS	NEONATO	III-II a.C.
T. 114	INDIVIDUAL		ALOFISO		INDETERMINADA (infantil-adolescente)	III-II a.C.
T. 127	DOBLE	MUJER	FEMENINO (posiblemente)	30 AÑOS	6 - 8 AÑOS	II-I a.C.
T. 153	INDIVIDUAL		FEMENINO (posiblemente)		10 AÑOS APROX.	II a.C.
T. 247	TRIPLE	VARÓN	ALOFISO y FEMENINO (posiblemente)	INDETERMINADA	1 AÑO y 5 - 6 AÑOS	IV a.C.

En las tumbas dobles 127 y 247, los conjuntos 127b y 247a corresponden a individuos infantiles.

Tabla 1 – Las quince tumbas infantiles localizadas en la necrópolis vaccea de Las Ruedas entre 1985-2011. Tabla con información sobre la cronología y tipología de los conjuntos funerarios, así como del sexo y edad de los individuos hallados en las tumbas (datos de Pastor, inédito b; Pastor, inédito d; Sanz, 1997: 55-62, 67-68, 124, 533-536 y 539-540; Sanz *et al.*, inédito a; Sanz *et al.*, inédito b; Sanz *et al.*, inédito c; Sanz *et al.*, inédito d; Sanz *et al.*, inédito f).

	T. 5	T. 8	T. 11	T. 12	T. 13	T. 14	T. 21	T. 53	T. 83	T. 90	T. 98	T. 114	T. 127 b	T. 153	T. 247 a
Neurocráneo		18 g.	18 g.	27 g.	10 g.	22 g.	28 g.	25 g.						19,4 g.	23,8 g.
Esplancocráneo															0,6 g.
Huesos largos		60 g.	145 g.	17 g.	32 g.	75 g.	88 g.	10 g.						23,8 g.	19 g.
Huesos menudos		17 g.	45 g.	17 g.	22 g.	25 g.	100 g.	10 g.							
Vértebras					3 g.									6 g.	
Costillas*					3 g.									9,8 g.	3,5 g.
Coxales					9 g.		17 g.								
Escapulas y pelvis														8 g.	
Huesos no identificables														39,5 g.	69 g.
TOTAL	22 g.	95 g.	208 g.	61 g.	79 g.	122 g.	233 g.	45 g.	10 g.	40 g.	460 g.	11 g.	75 g.	106,5 g.	115,9 g.

* Y esternón en el caso de la tumba 153 y 247a

	T. 5	T. 8	T. 11	T. 12	T. 13	T. 14	T. 21	T. 53	T. 83	T. 90	T. 98	T. 114	T. 127 b	T. 153	T. 247 a
Neurocráneo															
Calota con dientes adulto							6 frag.								
Calota sin dientes adulto							16 frag.								
Calota con dientes infantiles		6 frag.		8 frag.			2 frag.	14 frag.	9 frag.						
Calota sin dientes infantiles		24 frag.		62 frag.			16 frag.	2 frag.	14 frag.						
Calota con dientes adulto-infante			2 frag.												
Calota sin dientes adulto-infante			16 frag.												
Hueso temporal infantil				1 frag.											
Borde orbitario infantil							1 frag.								
Huesos largos															
Diáfisis adultos		4 frag. *													
Diáfisis infantiles		63 frag.		15 frag.	30 frag.		45 frag.	85 frag.	5 frag.						
Diáfisis adultos-infantiles			92 frag.												
Cabeza de fémur infantil			1 frag.												
Fémur adulto							1 frag.								
Vértebras					Cuerpo vertebral infantil										
Costillas					2 frag.										
Coxales															
Ilion infantil				4 frag.											
Coxal adulto							9 frag.								

* Un fragmento de radio y otro de fémur.

Tablas 2 y 3 – Tabla con la cantidad de restos óseos cremados (en gramos y/o número de fragmentos) hallados en las urnas cinerarias y en los rellenos de las tumbas infantiles de la necrópolis de Las Ruedas (datos de Pastor, inédito b; Pastor, inédito d; Sanz, 1997: 533-536 y 539-540).

	T. 5	T. 8	T. 11	T. 12	T. 13	T. 14	T. 21	T. 53	T. 83	T. 90	T. 98	T. 114	T. 127 b	T. 153	T. 247 a
PIEZAS DE CERÁMICA															
Hechas a mano															
Trípodes	1													1	
Ollas u ollitas											1			1	1 (urna cineraria)
Cuencos		1 (urna cineraria)							2			4		3	
Cuenquecitos										4					
Vasito de pie anular				1											
Vasitos o catinos	2			1										4	
Vasos										2		1	1	4	1
Copas							1								
Botellas										6					
Fuentes ovaladas														2	
Cubiletes o vasos cilíndricos de paredes rectas														1	
Platos														1	
Hechas a torno															
Cerámica Fina Anaranjada															
Cuencos			1							1	2		3	4	
Cuenquecitos											1				
Vasos de perfil en "ese"														2	
Copas											2	2	1		
Botellas									1	2	1		2	5	
Botellas "de boca de seta"											2		3	21	
Jarras de pico											2		2		
Jarras de perfil troncocónico													1	1	
Cráteras													1	2	
Platos											1				
Tapaderas											1			1	
Páteras														1	
Cerámica Tosca															
Urnas cinerarias				1						1	1		1	1	
Ollas										1	1	1	1	3	
Cerámica Negra Bruñida															
Botellas														2	
Botella "de boca de seta"														1	

Tabla 4 – Número y tipos de recipientes de cerámica hechos a mano y torneados que formaban parte de los ajuares de las tumbas infantiles de Las Ruedas (datos obtenidos de Sanz, 1997: 55-62, 67-68 y 124; Sanz *et al.*, inédito a; Sanz *et al.*, inédito b; Sanz *et al.* Inédito c; Sanz *et al.*, inédito d; Sanz *et al.*, inédito f).

	T. 5	T. 8	T. 11	T. 12	T. 13	T. 14	T. 21	T. 53	T. 83	T. 90	T. 98	T. 114	T. 127 b	T. 153	T. 247 a
Piezas Singulares															
Cajitas zoomorfas				1						3			1	6	
Sonajeros o sonajas										2			1	1	
Colgantes Pectorales o Placas colgantes														1	
Zarcillos para el pelo													2		
Bolas o canicas de cerámica CON decoración				6						9			14	22	
Bolas o canicas de cerámica SIN decoración				1									5		
Bolas o canicas de piedra				1	1								4	1	
Fusayolas			1		1									1	1
Colgantes cerámicos														8	
Cuentas de collar de cerámica														2	
Fibulas de cerámica														1 (anular h)	
OTRAS PIEZAS															
Cuentas de collar de pasta vítrea	1	8	18	1									3	104	
Cuentas de collar de ámbar													1	1	
Cuentas de collar de nácar															1
Cuentas de collar bronceíneas	1	1	2												
Piezas carbonosas				1 (esfera)					1 (esfera)						
Huevos													1	1	
Conchas															1 frag.

Tabla 5 – Número y tipo de “piezas singulares” de cerámica y de objetos de material diverso (pasta vítrea, ámbar...) hallados en los ajuares de las tumbas infantiles de Las Ruedas (datos de Sanz, 1997: 55-62, 67-68 y 124; Sanz *et al.*, inédito a; Sanz *et al.*, inédito b; Sanz *et al.*, inédito c; Sanz *et al.*, inédito d; Sanz *et al.*, inédito f).

	T. 5	T. 8	T. 11	T. 12	T. 13	T. 14	T. 21	T. 53	T. 83	T. 90	T. 98	T. 114	T. 127 b	T. 153	T. 247 a
OBJETOS METÁLICOS															
Fibulas anulares hispánicas			1 (puente)										1		
Fibulas de La Tène											1		1		1
Fibulas zoomorfas													1		
Fragmentos de Fibulas indeterminadas													3		1 (puente)
Broches															1
Placas de cinturón															
Colgantes de tipo aguja															
Otros tipos de colgantes			1										2		2
Pulseras de bronce lisas													4		
Pulseras de bronce tipo torsadé					1										3
Anillos de bronce								1							5
Botones de bronce			1												
Agujas de coser				1									1		2
Pinzas de cocina													1		
Parrillas															
Punzones de hierro									1						
Pomos de hierro de puñales tipo Monte Bernorio							1								
Puntas de hierro							1								
Regatones de hierro													1		
Grapas de caetra															
Abrazaderas o terminales de caetra															
Cuchillos afalcatados															1
Anillos o Aretes												1			2
Zarcillos para el pelo															
Remaches															2
Chapas de bronce												2			
Cintas metálicas															1
Elementos metálicos indeterminados															3

Tabla – 6 Número y tipo de piezas metálicas halladas entre los ajuares y ofrendas de las tumbas infantiles de Las Ruedas (Sanz, 1997: 55-62, 67-68 y 124; Sanz *et al.*, inédito a; Sanz *et al.*, inédito b; Sanz *et al.*, inédito c; Sanz *et al.*, inédito d; Sanz *et al.*, inédito f).

Tumba 8									
Individuos	Especie	Edad		Peso en g.	Fragmentos óseos	Tipología de los restos	Localización		
		Joven	Adulto					No especificada	
Grupo 1	Ovicáprido				1 frag.				
Grupo 2	Indeterminada				9 frag.	Diáfisis de huesos largos			
					10 frag.				
Tumba 12									
Individuos	Especie	Edad		Peso en g.	Fragmentos óseos	Tipología de los restos	Localización		
		Joven	Adulto					No especificada	
Grupo 1	Indeterminada				5 frag.	Diáfisis de radio y frag. de coxal			En el relleno - Al oeste de la urna cineraria
					5 frag.				
Tumba 90									
Individuos	Especie	Edad		Peso en g.	Fragmentos óseos	Tipología de los restos	Localización		
		Joven	Adulto					No especificada	
Grupo 1	Bóvido				10 g.	Costillas			En la olla Q.
					10 g.				
					7 frag.				
					7 frag.				
Tumba 98									
Individuos	Especie	Edad		Peso en g.	Fragmentos óseos	Tipología de los restos	Localización		
		Joven	Adulto					No especificada	
Grupo 1	Indeterminada				3 frag.	No identificados			En la olla tosca B
Grupo 2	Indeterminada				2 frag.	No identificados			En la olla C
Grupo 3	Lagomorfo	X		4 g.	4 frag.	No identificados (con signos de haber sido quemados)			En la urna cineraria N
Grupo 4	Lagomorfo		X		2 frag.	Vértebra			En el relleno
				4 g.	11 frag.				

Tumba 114									
Individuos	Especie	Edad		Peso en g.	Fragmentos óseos	Tipología de los restos	Localización		
		Joven	Adulto					No especificada	
Grupo 1	Cánido				24 g.	Escápula y coxal (con marcas de descarnamiento)			En el relleno
					24 g.				
					3 frag.				
					3 frag.				
Tumba 127 b									
Individuos	Especie	Edad		Peso en g.	Fragmentos óseos	Tipología de los restos	Localización		
		Joven	Adulto					No especificada	
Grupo 1	Ovicáprido	X		0,5 g.	2 frag.	Costillas			En el vaso T
Grupo 2	Lagomorfo		X	4 g.	5 frag.	Vértebra y fragmentos de las patas traseras (tibia y fémur)			En el vaso S
Grupo 3	Lagomorfo		X	9 g.	40 frag.	Vértebra, costillas y fragmentos de huesos largos *a			Entre el vaso V y el huevo
Grupo 4	Ovicáprido	X		22 g.	25 frag.	Cuartos traseros *b			En el vaso AB
Grupo 5	Lagomorfo		X	4 g.	8 frag.	Vértebra, coxis y tibia *c			En la urna cineraria
				39,5 g.	80 frag.				
Tumba 153									
Individuos	Especie	Edad		Peso en g.	Fragmentos óseos	Tipología de los restos	Localización		
		Joven	Adulto					No especificada	
Grupo 1	Lagomorfo	X		1 g.	12 frag.	Extremidades posteriores			En la olla G
Grupo 2	Ovicáprido		X	7 g.	7 frag.	Costillas			En el vaso H
Grupo 3	Indeterminada			2 g.	6 frag.	No identificables			En el tripede J
Grupo 4	Ovicáprido		X	14 g.	2 frag.	Escápula			En la olla tosca BA
Grupo 5	Suido		X	24 g.	6 frag.	Costillas			En la olla tosca BB
Grupo 6	Lagomorfo	X		3 g.	8 frag.	Costillas, vértebras, húmero y radio *d			En la cratera V
Grupo 7	Lagomorfo		X	22 g.	15 frag.	Vértebra y fragmentos de las patas delanteras y traseras *e			En el relleno
				73 g.	57 frag.				

*a = 17 fragmentos vertebrales y otros tantos costales, tres fragmentos del húmero izquierdo, un fragmento del cúbito izquierdo y dos fragmentos de huesos largos no identificables.

*b = Tres fragmentos del coxis, dos de fémur y 20 de pequeño tamaño.

*c = Cinco fragmentos vertebrales, uno de tibia y dos coxales.

*d = Dos fragmentos costales y tres vertebrales, uno de húmero y dos de radio.

*e = Dos fragmentos del húmero derecho y uno del izquierdo, un fragmento de cúbito y de radio, un fragmento del coxal derecho e izquierdo, tres fragmentos vertebrales, un fragmento de la tibia derecha y otro de la izquierda y dos fragmentos de peroné.

Tablas 7 y 8 – Información sobre la ubicación, el número de individuos, el tipo de especie y la cantidad de huesos en gramos y en fragmentos de los restos de fauna localizados en las tumbas infantiles 8, 12, 90, 98, 114, 127b y 153 de la necrópolis de Las Ruedas (datos obtenidos de Pastor, inédito c; Sanz, 1997: 57 y 60; Sanz *et al.*, inédito a; Sanz *et al.*, inédito b; Sanz *et al.*, inédito d).

Inhumaciones	Edad	Sexo	Restos de fauna
Neonato 1	36 semanas y 6 días	Indeterminado	NO
Neonato 2	36 semanas y 4 días	Indeterminado	1 ave (PALOMA) *a
Neonato 3	36 semanas y 6 días	Indeterminado	NO
Neonato 4	40 semanas	Indeterminado	NO
Neonato 5	33 semanas y 2 días	Indeterminado	NO
Neonato 6	32 semanas y 2 días	Indeterminado	NO
Neonato 7	36 semanas y 4 días	Indeterminado	NO
Neonato 8	36 semanas y 5 días	Indeterminado	2 carnívoros (GATO) y 1 ave (GALLO) *b

*a = Un fragmento de la quilla de una paloma.

*b = Tres fragmentos costales de un gato adulto, un fragmento del maxilar de un gato joven y una falange de un gallo.

Tabla 9 – Edad y sexo de los ocho neonatos inhumados en el poblado de Las Quintanas entre los siglos I a.C.-I d.C. señalando si entre sus huesos había restos de fauna (datos obtenidos de Pastor, inédito a).

Tabla 10 – (Siguiendo página). Tabla que indica los huesos, completos o fragmentados, que conservaban los ocho neonatos inhumados en el poblado de Las Quintanas en el momento de su extracción durante las campañas de 2003-2006 (información obtenida de Pastor, inédito a).

	Cuerpo 1	Cuerpo 2	Cuerpo 3	Cuerpo 4	Cuerpo 5	Cuerpo 6	Cuerpo 7	Cuerpo 8
Cráneo								
Neurocráneo	28 frag.	6 frag.	18 frag.	43 frag.	69 frag.	89 frag.		
Temporal derecho	SI		SI	2 frag.		SI		
Temporal izquierdo	SI		SI	SI	1 frag.	SI		
Esfenoides	SI		SI	SI	SI	SI		
Malar derecho	SI		SI	SI	SI	SI		
Malar izquierdo	SI		SI	SI	SI	SI		
Maxilar derecho	SI		SI	SI				
Maxilar izquierdo	2 frag.		SI	SI				
Vómer	SI					SI		
Hemimandíbula derecha	SI		SI	SI		fragmentos		SI
Hemimandíbula izquierda	2 frag.		SI	SI		fragmentos		SI
Gérmenes dentales	8 u.		2 unidades	14 unidades				3 u.
Tronco								
Vértebrae	78 frag.	70 frag.	73 frag.	73 frag.	73 frag.	96 frag.	79 frag.	3 frag.
Costillas	4 unidades	10 unidades	22 unidades	19 unidades	9 unidades	6 unidades	17 unidades	3 unidades
Fragmentos costales	24 frag.	20 frag.	1 frag.	3 frag.	31 frag.	23 frag.	12 frag.	3 frag.
Ilion derecho			SI	SI		SI	SI	
Ilion izquierdo		SI	SI	SI		SI	SI	
Isoquion derecho				SI		SI	SI	
Isoquion izquierdo		SI		SI		SI	SI	
Extremidades superiores								
Escápula derecha	SI		SI	SI	SI	SI	SI	
Escápula izquierda	SI		SI	SI	SI		SI	
Clevicula derecha	SI		SI	SI	SI	2 frag.	1 frag.	
Clevicula izquierda	SI		SI	SI	SI	SI	SI	
Húmero derecho	1 frag.		SI	SI	SI	SI	SI	SI
Húmero izquierdo	SI		SI	SI	SI	SI	SI	SI
Cúbito derecho	SI		SI	SI	SI	SI	SI	
Cúbito izquierdo			SI	SI	SI		SI	SI
Radio derecho	SI		SI	SI	SI	SI	SI	
Radio izquierdo			SI	SI	SI		SI	
Extremidades inferiores								
Fémur derecho	1 frag.		SI	SI	SI	SI	SI	
Fémur izquierdo	SI		SI	SI	SI		SI	
Tibia derecha			SI	SI		SI	SI	SI
Tibia izquierda			SI	SI			SI	
Peroné derecho	3 frag.		1 frag.	2 frag.			SI	
Peroné izquierdo	3 frag.		SI	SI	SI		SI	
Otros huesos								
Huesos de manos y pies	24 unidades	37 unidades	12 unidades	42 unidades	21 unidades	28 unidades	31 unidades	
Huesos del oído					Yunque y martillo izquierdos		Yunque derecho e izquierdo	

DOSSIER FOTOGRAFICO

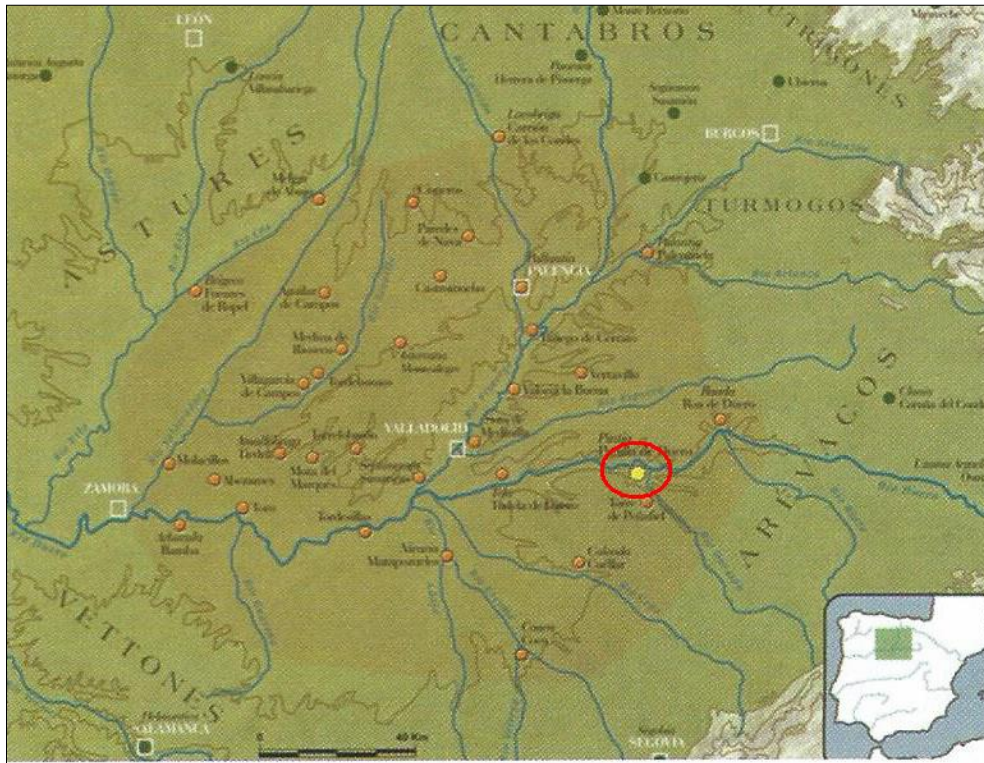


FIG. 1 – Imagen que indica (rodeado por un círculo rojo) la ubicación del *oppidum* de *Pintia* dentro del territorio vacceo (Sanz y Romero, 2005: 6).



FIG. 2 – Vista aérea de la Zona Arqueológica Pintia. En la imagen se señala la ubicación del enclave urbano de Las Quintanas, el *ustrinum* de Los Cenizales, la necrópolis de Las Ruedas... (Sanz, 2010: 208).

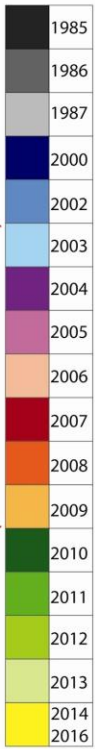
5

4

3

2

1



I

H

G

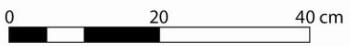
F

E

D

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

j
i
h
g
f
e
d
c
b
a



Universidad de Valladolid



CENTRO DE ESTUDIOS VACCEOS

FEDERICO WALTERBERG

NECRÓPOLIS DE LAS RUEDAS
ZONA ARQUEOLÓGICA PINTIA

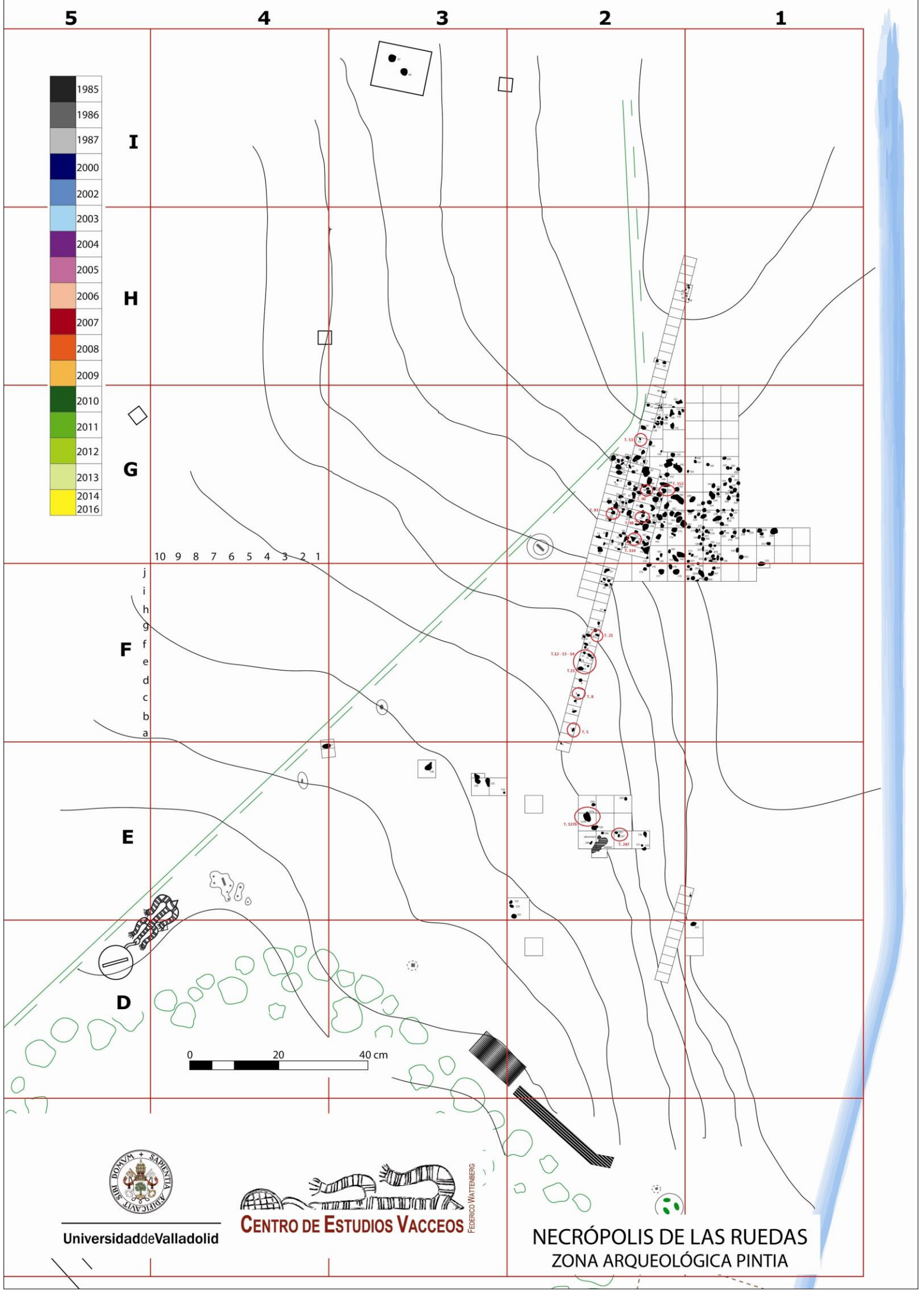


FIG. 3. Planimetría de la necrópolis de Las Ruedas en las que se señalan las tumbas excavadas desde 1985 hasta la actualidad. Las tumbas infantiles aparecen rodeadas por un círculo rojo (Centro de Estudios Vacceos “Federico Wattenberg”. Universidad de Valladolid).

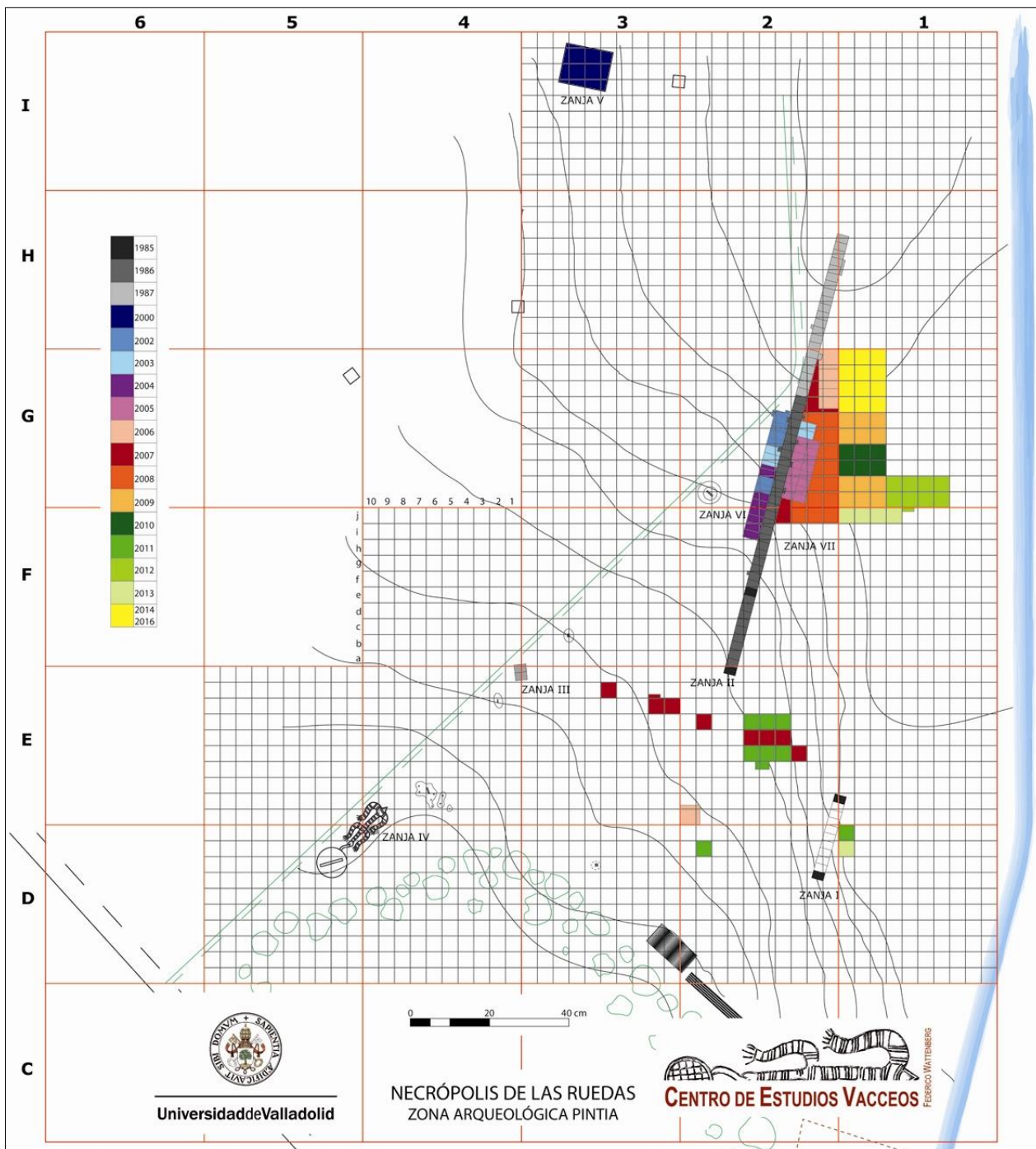


FIG. 4. Planimetría de la necrópolis de Las Ruedas que indica los sectores excavados en cada campaña desde 1985 hasta la actualidad (Centro de Estudios Vacceos “Federico Wattenberg”. Universidad de Valladolid).

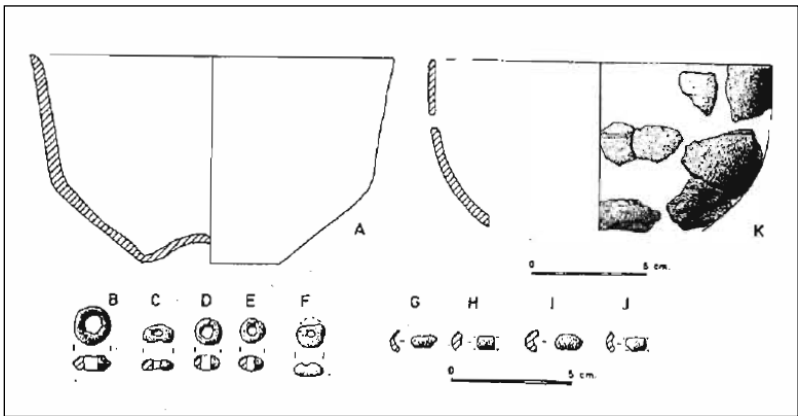
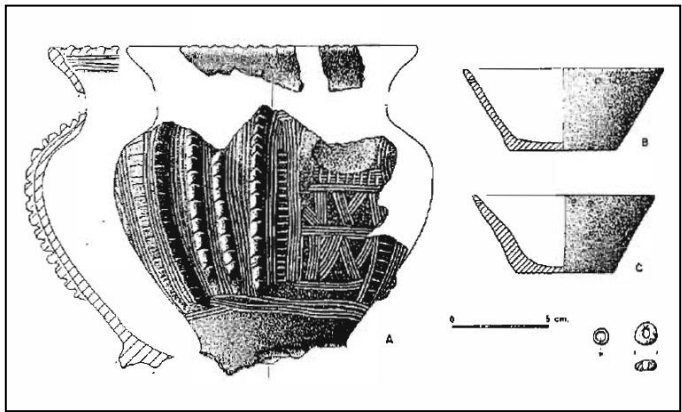


FIG. 5 y 6 – Ajuares de las tumbas 5 y 8 (Sanz, 1997: 55 y 57).

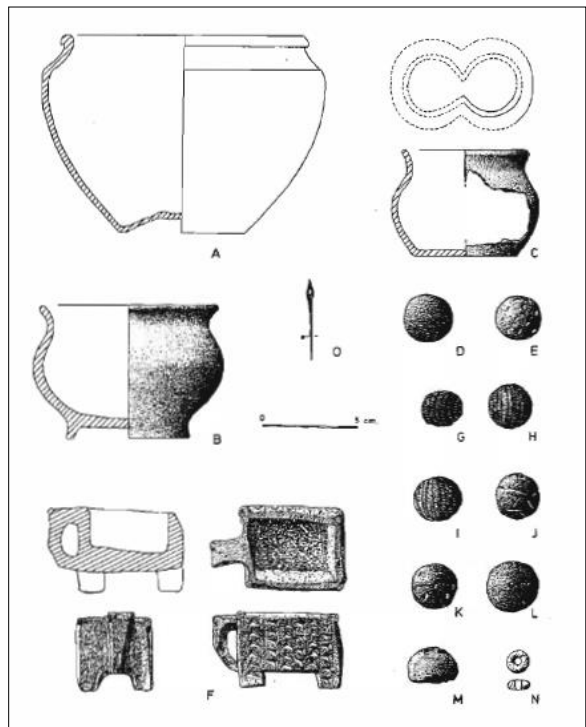
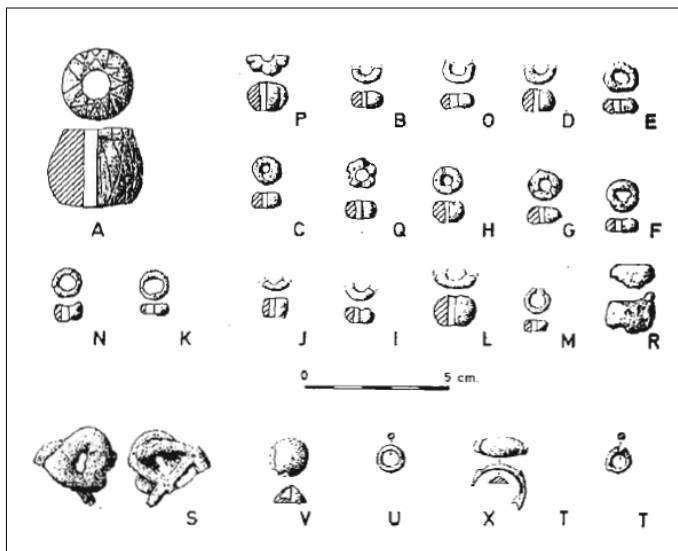


FIG. 7 y 8 – Ajuares de las tumbas 11 y 12 (Sanz, 1997: 59 y 60).

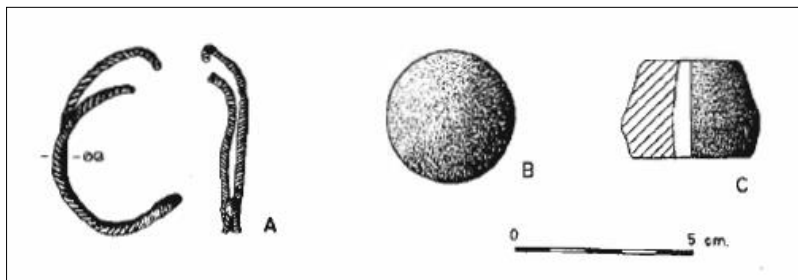


FIG. 9 – Ajuar de la tumba 13 (Sanz, 1997: 61)

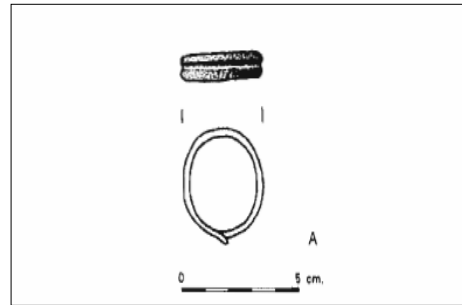
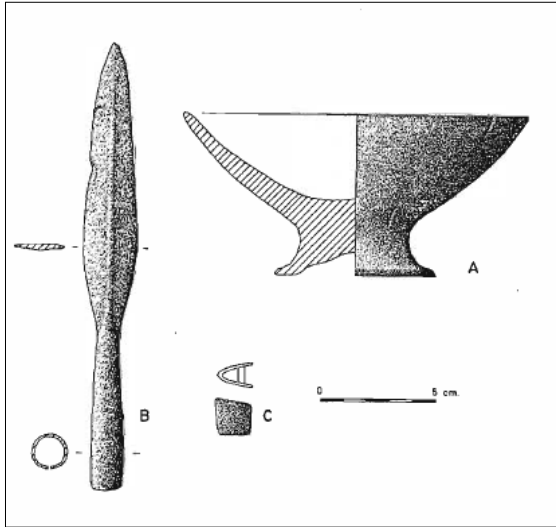


FIG. 10 y 11 – Ajuares de las tumbas 21 y 53 (Sanz, 1997: 68 y 124).

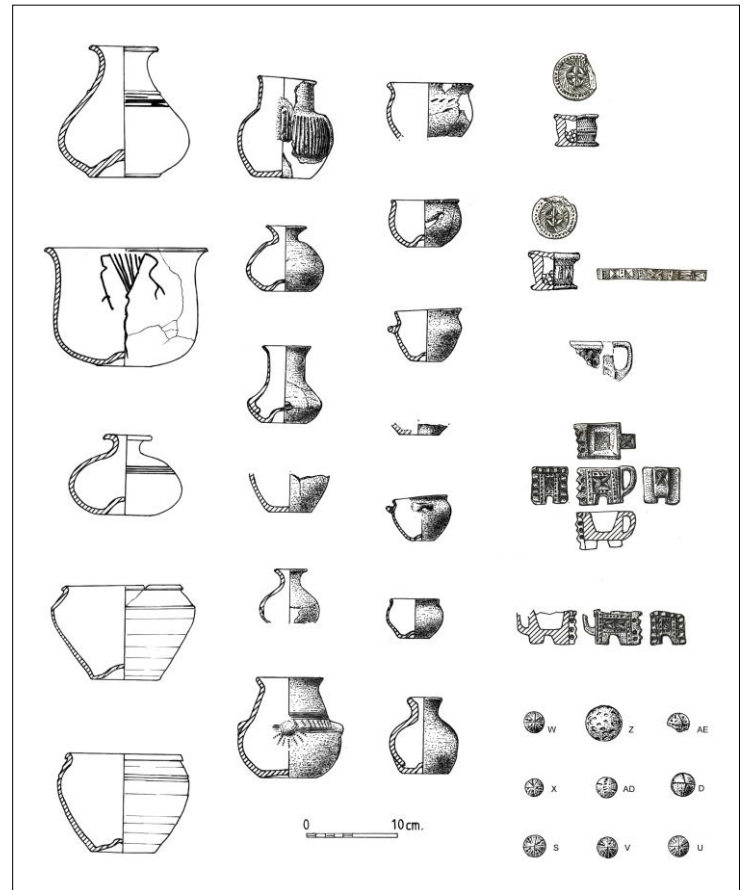
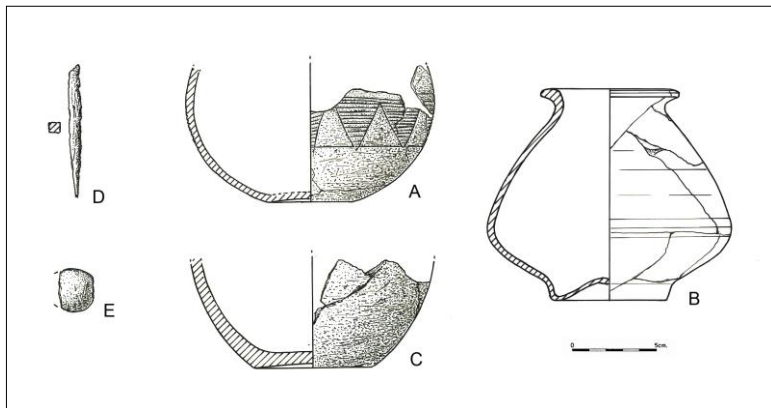


FIG. 12 y 13 – Ajuares de las tumbas 83 y 90 (Centro de Estudios Vaceos “Federico Wattenberg”.
Universidad de Valladolid).

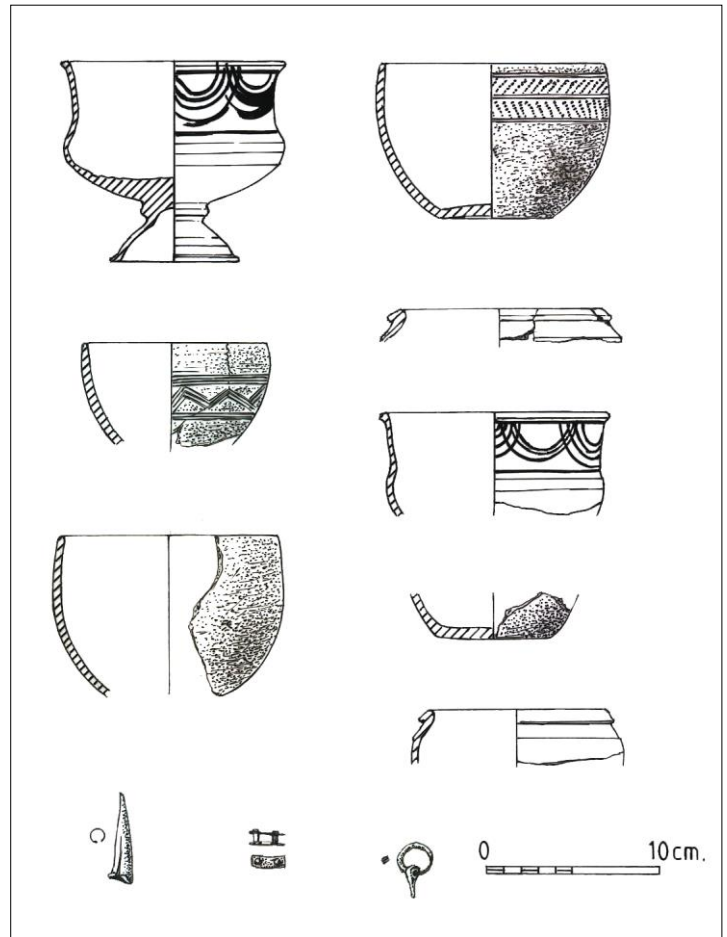
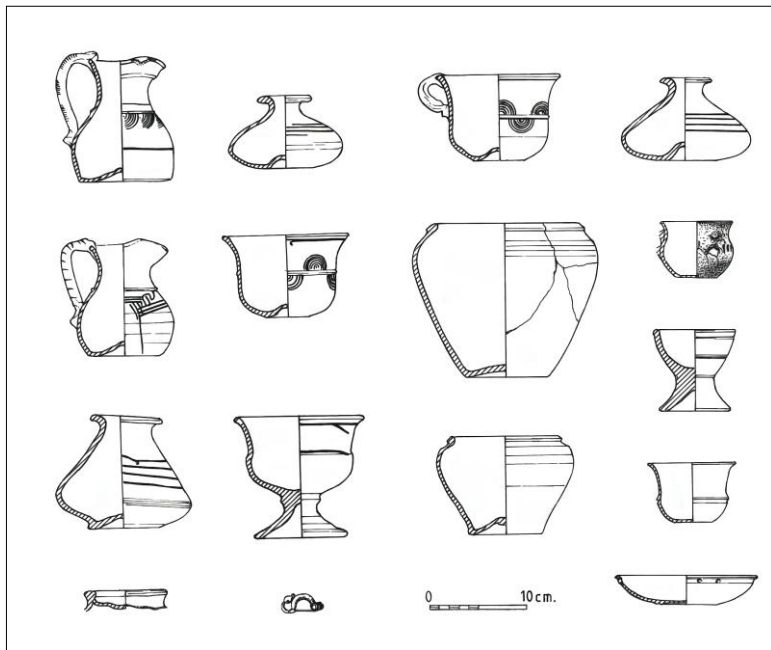


FIG. 14 y 15 – Ajuares de las tumbas 98, 114 (Centro de Estudios Vacecos “Federico Wattenberg”. Universidad de Valladolid).

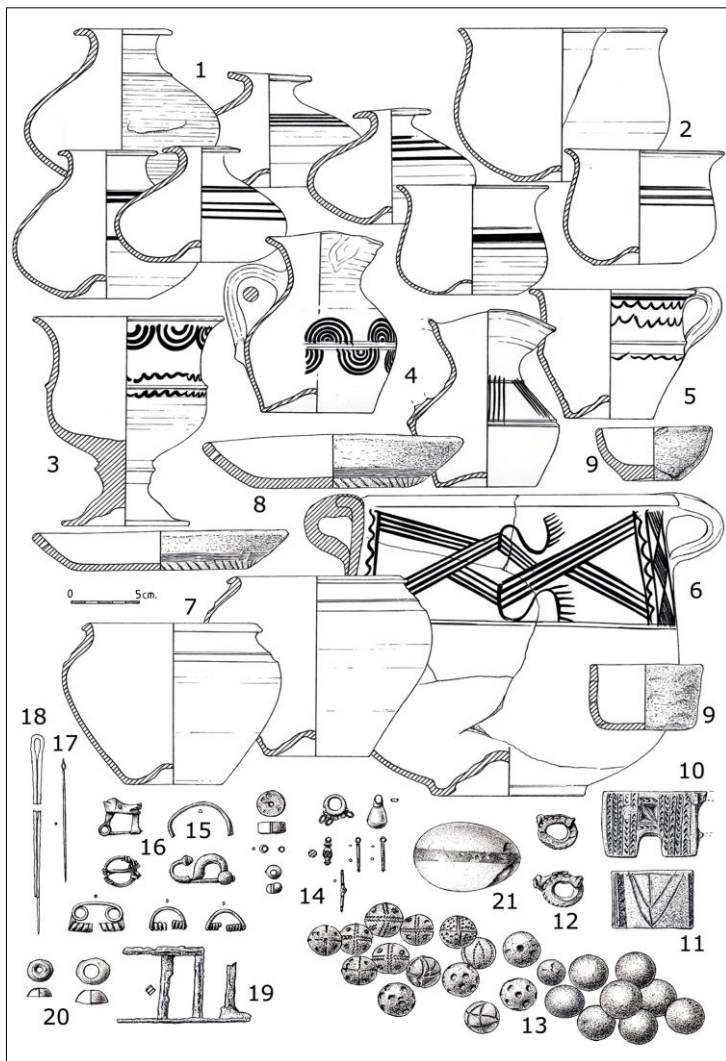


FIG. 16 – Ajuar de la tumba 127 b (Centro de Estudios Vacecos “Federico Wattenberg”. Universidad de Valladolid).

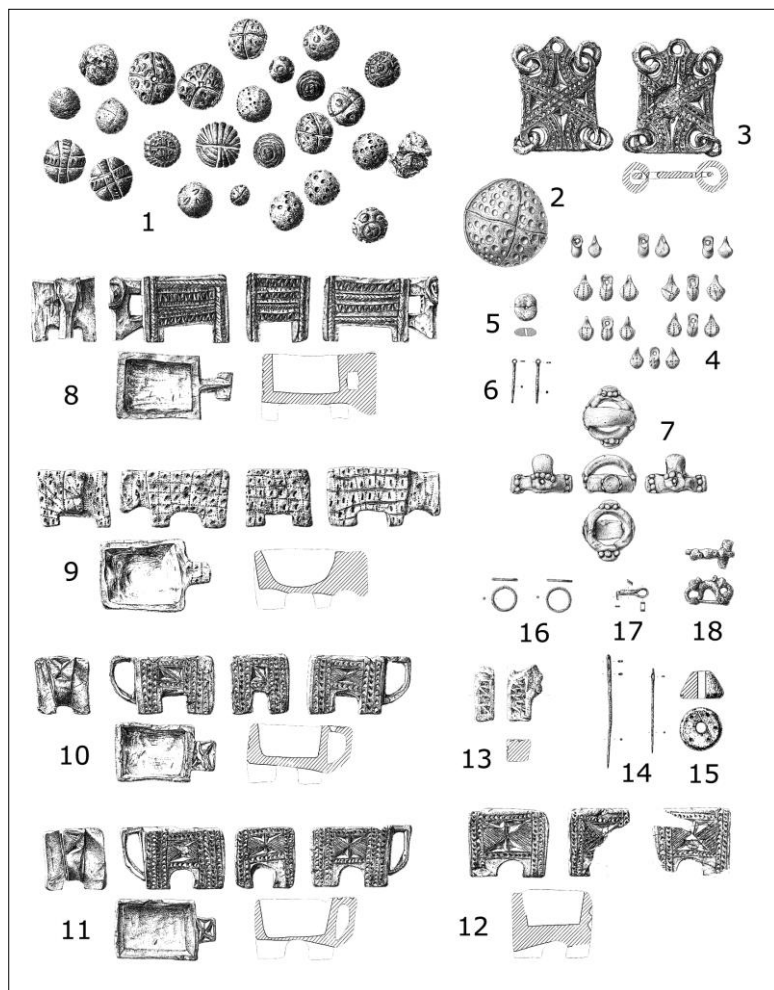
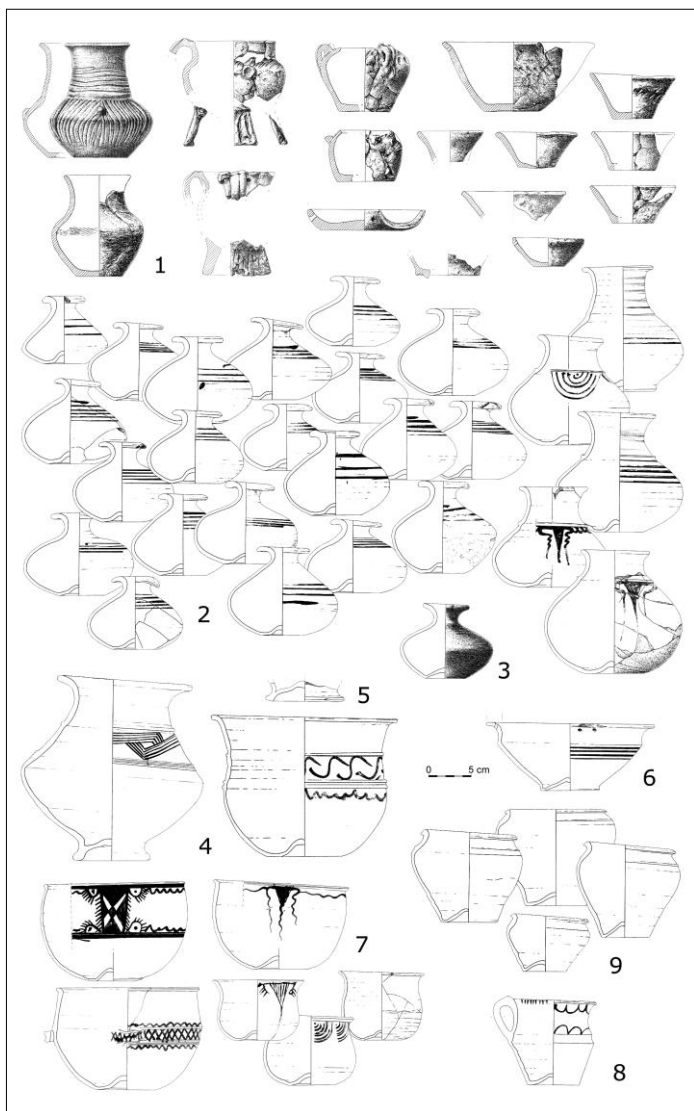
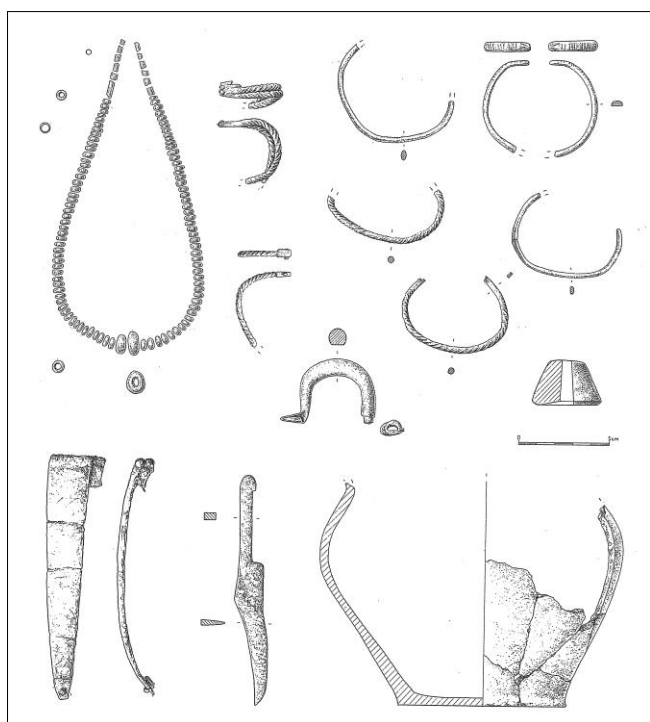


FIG. 17 y 18 – Ajuar de la tumba 153 (Centro de Estudios Vaceos “Federico Wattenberg”. Universidad de Valladolid).

FIG. 19 – Ajuar de la tumba 247 a (Centro de Estudios Vaceos “Federico Wattenberg”. Universidad de Valladolid).



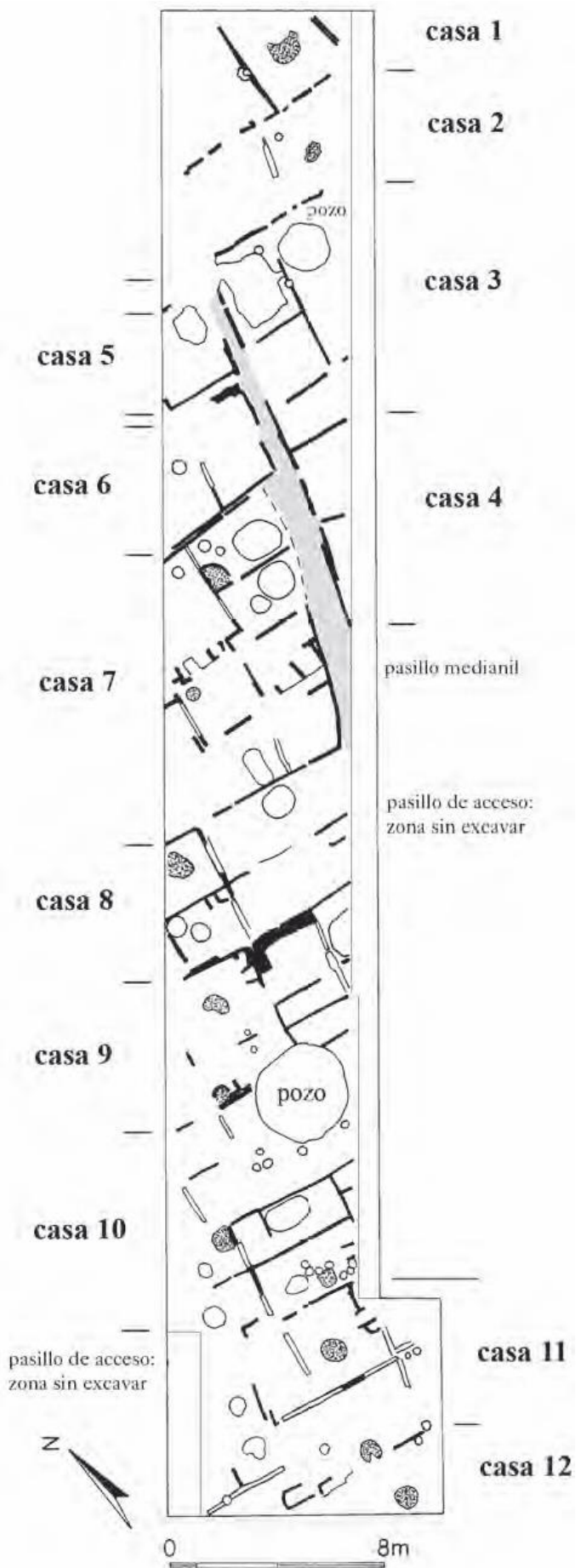


Fig. 20 – Planta de los niveles sertorianos de la trinchera excavada en Las Quintanas y que proporcionó las 7 inhumaciones de neonatos (Sanz *et al.*, 2009: 256).



FIG. 21, 22 y 23 – Algunos ejemplos de las inhumaciones de neonatos encontrados en Las Quintanas. En concreto son los cuerpos hallados en 2003 en los sectores y unidades estratigráficas E1 1306, E1 1307 y E1 1309 (Centro de Estudios Vaceos “Federico Wattenberg”. Universidad de Valladolid).

